CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS.

EL GRANO DE TRIGO,

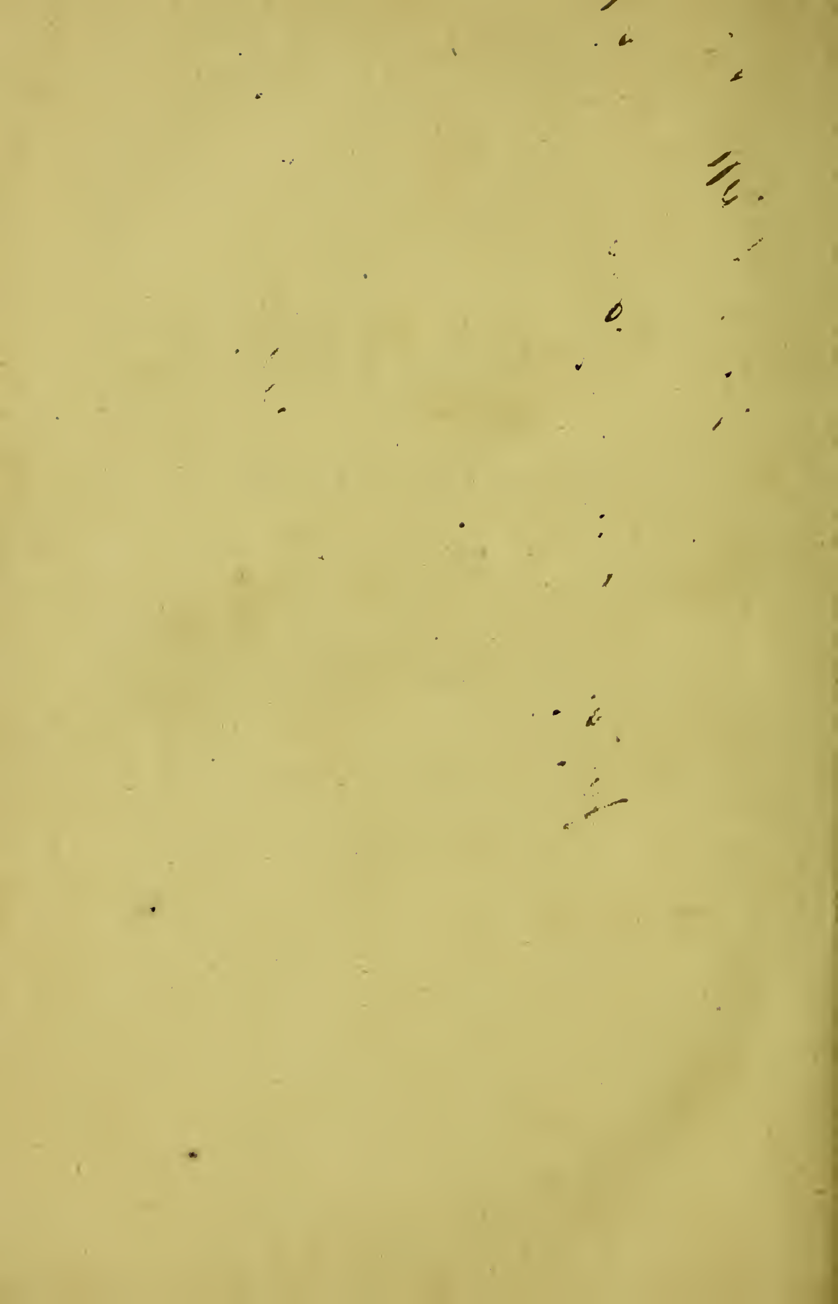
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARQUINA.

M. L.

MADRID
PLAZA DE LA LEÑA, NÚM. 9, PRINCIPAL.
1874



EL
GRANO DE TRIGO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA.

ESCRITA EXPRESAMENTE

PARA LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ,

y estrenada por primera vez con extraordinario éxito
en el teatro de Apolo el 4 de Febrero de 1874.



MADRID:
IMPRENTA DE JULIAN PEÑA,
Calle del Olivar, núm. 22.
1874

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA........................	D.ª Matilde Diez.
ANA..............................	Sta. Eloisa Bagá.
LUCAS............................	D. Antonio Vico.
JAVIER...........................	D. Manuel Calvo.
BENITO..........................	D. Julian Romea.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

A LA EMINENTE ACTRIZ,

DOÑA MATILDE DIEZ.

Los muchos defectos de esta pobre comedia, dicen bien claramente que su éxito es debido al privilegiado talento de Matilde Diez, reina de nuestra escena. Los aplausos unánimes de que la ha colmado el público de Madrid, son la prueba más fiel de estas líneas.

Es pues un deber de gratitud, colocar tan grande nombre al frente de tan pequeña produccion, y así se complace en manifestarlo el último de los escritores,

P. MARQUINA.

ACTO PRIMERO

—

Sala lujosamente amueblada, pero con mal gusto. A un lado velador; puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

LÚCAS. ANA junto al velador, tomando el té que le sirve BENITO. TERESA al otro lado.

LÚCAS. (A Benito que le echa el té.)
Basta!... Ya me cansa el té.
TERESA. ¿Y le tomas?
LUCAS. Sí.
TERESA. Bien va. (Riendo.)
ANA. Pues es un gusto muy raro.
LÚCAS. Y muy tonto á no dudar.
Pero ¿qué quieres? la moda...
el buen tono... ¿qué dirán
si se sabe que faltando
á esta costumbre esencial
de las gentes de alta esfera,
vuelvo á mis usos de allá
del pueblo, y sin miramientos,
despues de los postres... ¡zas!
me encajo un vaso de vino
entre pecho y espaldar?

ANA. Pues yo creo que á su gusto
debe vivir cada cual.

LÚCAS. Ana...

ANA. En tanto que á los otros
no llegue á perjudicar.

LÚCAS. Hija, veo con dolor
que muy propicia no estás,
á pesar de mis sermones,
mis planes á secundar.
Hasta hoy no ha importado mucho
que con naturalidad
hayas dicho, esta es mi idea
y no la quiero ocultar.
Pero desde ahora, es preciso,
y mira que hablo formal;
es forzoso á todo trance
que comiences á adoptar
las ineludibles leyes
de la buena sociedad.

BENITO. (¡Atiza! y que palabreja... (A Teresa.)
ineludiebres, ¿qué tal?
Diga usted luego que el amo
no es un sabio.)

TERESA. (Tonto.)

BENITO. (¡Ya!
tonto porque al fin salimos
con la nuestra.)

LÚCAS. Has de pensar,
hija mia, que yo busco
la recompensa del mal
que en este mundo he sufrido.
Ser personaje, escalar
un alto sitio, que sea
envidia de los demás,
y crearte un porvenir
brillante, dichas serán
tan inmensas para mí
que tras ellas esperar
no podré mayor ventura
en este mundo falaz.
Por eso derramé el oro
con profusion y lograr

he podido al fin y al cabo,
que un valiente general
nos cite á sus reuniones,
donde de fijo podrás
alcanzar un buen partido
y yo, ¡quién sabe! aspirar
hasta á ser ministro, que ahora,
gracias al berengenal
en que se ha metido España,
no es muy difícil medrar.

TERESA. El cuento de la lechera.

LÚCAS. ¡Teresa!

ANA. Yo no he de hallar
en eso dicha ninguna.

TERESA. (¡Bendita seas!)

LÚCAS. Podrás
dar en tierra con mis planes
y mi desdicha labrar.

TERESA. ¿Pero por qué la violentas?

LÚCAS. No alientes tú su desman.

ANA. Basta, yo obedeceré.

BENITO. (Así me gusta.)

LÚCAS. Mirar
te es preciso, que has entrado
en una vida especial.
Hoy no eres lo que antes eras.

BENITO. Buena diferencia va.
Antes era usté una planta
y luego fué usté un rosal
y ahora es usté un capullito
á punto de reventar.

TERESA. ¡Benito! (Con severidad.)

BENITO. Perdone usted
si he faltado.

TERESA. Basta ya,
y llévate esos cacharros.

BENITO. (¡Cacharros! que atrocidad;
esta mujer nos derrota
si no se vuelve al lugar.)

(Váse, llevándose el juego del té.)

ESCENA II.

LÚCAS, ANA, TERESA.

ANA. Pobre Benito!
LÚCAS. Esa es mucha
dureza.
TERESA. ¿A reñirme vas?
LÚCAS. Un muchacho, cuyo padre
fué nuestro criado....
TERESA. ¡Bah!
LÚCAS. Que desde muy pequeñito
come de mi casa el pan,
es como de la familia
y creo...
TERESA. Dices verdad.
LÚCAS. No es un paleto cualquiera:
sabe escribir y contar,
y más bien que para el campo
nació para la ciudad.
TERESA. Al defenderle te olvidas,
Lúcas, de lo principal:
es honrado, pero aquí
en la córte, claro está;
para vivir á tu altura
no basta esa cualidad.
Con que si quieres que yo
no le vuelva á molestar
con mi reprimenda, quita
de su talle el delantal;
búscale un empleo, que eso
muy poco te costará
en los tiempos que alcanzamos;
manda que le hagan un frac,
y con esto y con atarle
un cintajo en el ojal,
cuando á tí te hayan nombrado
vizconde del Palomar,
verás como le permito
que te hable de igual á igual.

LÚCAS. ¡Teresa! (Incomodado.)
ANA. ¡Padre! (Suplicante.)
LÚCAS. ¿Qué dices
de padre...
ANA Bueno. Papá. (Recalcando.)
LÚCAS. Despues de un año que llevas
de córte y de frecuentar
los principales teatros,
y hasta el Congreso, me das
ese nombre todavía?
ANA. No me puedo acostumbrar...
TERESA. Lúcas, lo que es de natura...
LÚCAS. *Tararura*. Es mucho afan.
Adagio para comer,
proverbio para almorzar...
coplilla por la mañana
y por la noche refran.
Estas costumbres de aldea
no se pueden tolerar.
TERESA. Hombre, tú quieres ponerle
al corazon un dogal,
y luego vienes diciendo
que es una inhumanidad
la esclavitud, y se debe
en contra de ella votar.
LÚCAS. ¿Qué quieres decir con eso?
TERESA. Hijo, lo que es natural;
si no consientes esclavos,
no debes esclavizar.
Deja que cada uno sea
como Dios le hizo, y en paz.
ANA. ¡Papá! (Por calmarle.)
LÚCAS. ¡Ay! ¡esposa! (Recalcando.)
TERESA. ¡Ay! ¡marido! (Idem.)
ANA. Una riña conyugal,
¿no es de mal tono? (Con naturalidad.)
LÚCAS. ¿Qué? (¡diablo!)
¿Oyes, Teresa?...
ANA. ¡Mamá!
TERESA. Madre.
ANA. Bueno...
TERESA. ¡Madre!... ¡madre!

Ese nombre me has de dar;
el otro no lo comprendo.

ANA. Es lo mismo.

TERESA. Lo será;
pero este dice que no, (El corazon.)
y éste no engaña jamás.

LÚCAS. Basta, Teresa; hija mia,
ve á vestirte.

TERESA. Pues qué, ¿os vais?

LÚCAS. Hoy es el dia solemne
y no podemos faltar;
da el general su primera
reunion, y ya ves...

TERESA. ¡Ah!
no me acordaba.

LÚCAS. Si vieras
con qué muestras de amistad
me habló, cuando el diputado
de mi distrito rural
á él me presentó diciéndole:
presento á vuecencia el más
rico de mis electores,
hombre influyente... ¿verdad? (A su hija.)

TERESA. Buen ojo abriria.

LÚCAS. ¿Piensas
que se puede él asombrar?

TERESA. No; pero...

LÚCAS. Nos dió las manos
con mucha afectuosidad;
escuchó esta sus cumplidos, (Por Ana.)
y nos dijo: voy á dar
comienzo á mis reuniones,
y espero que me honrarán
ustedes con su asistencia.
Por lo tanto ..

ANA. Yo dejar
la fiesta no sentiria.

LÚCAS. ¿Cómo?

TERESA. No faltaba más.

LÚCAS. Nada de eso: ve á arreglarte.

TERESA. Tú bien puedes alternar
con esas gentes.

LÚCAS. Y luego
que viene al suelo mi plan,
si desprecio esta ocasion;
porque se querellará
su excelencia con motivo,
y hasta puede resultar
un lance.
TERESA. Pues á vestirte,
hija mia.
ANA. ¡Voy allá!
TERESA. No sea que nos fusile
ese ilustre general.
(Entra Ana por la puerta derecha, segundo término.)

ESCENA III.

LÚCAS y TERESA.

TERESA. ¿Y tú?
LÚCAS. Pronto estoy vestido.
TERESA. Es tarde.
LÚCAS. Antes de marchar,
á solas deseo hablar
con mi esposa.
TERESA. Habla, marido. (Recalcando.)
(De fijo vuelve á su tema.)
LÚCAS. (¿Y cómo voy á obligarla
si tengo el vicio de amarla?) (Pausa.)
TERESA. Gran discurso. (Burlándose.)
LÚCAS. (Esto me quema.)
TERESA. ¿Lo tienes bien estudiado?
LÚCAS. (Vamos, no encuentro el registro...)
TERESA. Como yo fuese ministro
te nombraba diputado.
LÚCAS. ¿Quieres mi calma agotar?
TERESA. ¿Yo? Solo quiero saber...
LÚCAS. ¡Ah! sí: (me voy á crecer.)
(Teresa toma su calceta, que estará en el divan.)
¿Qué haces?
TERESA. Te voy á menguar

la calceta.

LÚCAS. Me acobarda
tu faena.

TERESA. ¿Hablas? (Con ademán díscolo.)

LÚCAS. Sí á fé.

TERESA. Bueno: yo contestaré.

LÚCAS. Ya; con gramática parda.
(Quiere quitarla la calceta.)

TERESA. ¿Qué haces?

LÚCAS. Son graves asuntos.

TERESA. Quita... (Se la cae el ovillo.)

LÚCAS. Me tiene intranquilo
tu labor.

TERESA. Recoge el hilo
y habla mientras cojo puntos.

LÚCAS. Pues bien, Teresa, acabemos.
(Lúcas recoge el ovillo y se lo da á Teresa.)
Tu carácter arbitrario,
me aburre, y es necesario...

TERESA. ¿Qué?

LÚCAS. Que de vida cambiemos.

TERESA. Si hablas de la tuya, pena
no me das, sino alegria;
pero si hablas de la mia,
no la cambio, que es muy buena.

LÚCAS. Por muy buena la tendrás,
pero aunque sea excelente,
declaro rotundamente
que no he de sufrirla más.

TERESA. ¿Qué dices?

LÚCAS. Dios ha querido
que se cumpla mi deseo,
y libre por fin me veo
de la esfera en que he nacido.
Mi padre, labrador rudo,
aunque bien acomodado,
quiso hacer de mí un letrado
y conseguirlo no pudo.
El buen hombre, cuando yo
estudiaba con más gana,
de la noche á la mañana
sin hacienda se quedó.

Que entre jueces y escribanos
de un litigio las razones,
mi carrera y sus terrones
le quitaron de las manos.
Con tan rápido descenso
héte á mi viejo afligido,
siendo lo más divertido
que el pleito quedó suspenso.
Bajó al sepulcro mi padre,
(tan fatal el golpe fué)
y yo á labrador bajé
por mantener á mi madre.
Si trabajé con largueza,
tus ojos me lo premiaron;
que ante el cura se enlazaron
tu virtud y mi pobreza
Sobre union tan venturosa
creció el rosal del amor;
brotó en el tallo la flor
y se está abriendo la rosa.
La hija que Dios nos ha dado
es mi constante desvelo;
por ella le pido al cielo
la dicha que me ha otorgado.
Para ella anhelo brillantes,
placeres y diversiones,
y magníficos salones
y admiradores constantes.
Por eso apenas nació
desempolvé decidido
aquel pleito interrumpido
que á mi buen padre mató.
Y tal mi fortuna fué,
que á los doce años escasos
de dar doblones y pasos,
el pleito por fin gané.
Viéndome ya sin apuros,
desde aquel dichoso instante,
con un capital sonante
de setenta y tres mil duros.
Fijo siempre en mi ambicion,
maestros á mi hija busqué,

y algo tambien ayudé
á pulir su educacion.
Cuando educada la vimos,
faja y chaqueta guardé;
el arado abandoné
y á la córte nos vinimos.
Más tú te burlas de mí
torciendo á la córte el gesto;
sigues aldeana, y esto
no puede seguir así.

TERESA. No está el relato cumplido

LUCAS. ¿Cómo?

TERESA. Yo diré el final.

LÚCAS. Veamos.

TERESA. Tu capital
se irá conforme ha venido.
Como lo siento lo encajo.

LÚCAS. No tienes el juicio entero.

TERESA. Nunca se aprecia el dinero
que no ha ganado el trabajo.
Trabajando tus mayores
juntaron ese tesoro;
tú en cambio derramas oro
para juntar sinsabores.
En muebles, trajes y alhajas
un capital has tirado.

LÚCAS. El oro así derramado
produce grandes ventajas.
Para recoger, sembrar.

TERESA. Sí, pero con mano loca,
echas simiente en la roca,
metes tu arado en el mar.

LÚCAS. Pues cuando siegue, á tu vez
te mostrarás satisfecha.

TERESA. No sazona la cosecha
que no siembra la honradez.

LÚCAS. Dándome estás cruda guerra;
¿pudiste acaso pensar
que yo nací para estar
siempre cabando la tierra?

TERESA. Si no tienes otro oficio,
caba, que eso no rebaja;

el hombre que no trabaja
es un apóstol del vicio.

LÚCAS. ¿Por qué tu lengua indiscreta
me injuria con tanto afan?

TERESA. Lúcas, al hombre holgazan
nadie le dá una peseta.
De profeta no me alabo,
más tú mismo lo has de ver;
si pobre vuelves á ser
no has de encontrar un ochavo.

LÚCAS. ¿Pobre yo?

TERESA. Quizá muy pronto,
y entonces...

LÚCAS. No me acalores.

TERESA. Los que te deban favores
te señalarán por tonto.

LÚCAS. Eso no ha de suceder.

TERESA. ¿En qué te fundas?

LÚCAS. Me fundo
en que no es tan malo el mundo
como lo quieres hacer.

TERESA Muy poco alcanza mi juicio;
ruda soy, y no lo siento;
pero recuerdo aquel cuento
de las alforjas del vicio.
En un libro lo lei,
y ahora, por casualidad,
viene á pelo la verdad
que en aquel libro aprendí.
Todos los hombres son buenos,
que por sí mismo juzgados,
llevan detras sus pecados
y delante los ajenos.

LÚCAS. Tu sátira, esposa mia,
me está diciendo en conciencia,
que no va la inteligencia
con tu traje en compañía.

TERESA ¿Yo discreta? Es un error;
pero á nadie se le escapa,
que bajo una mala capa
se oculta un buen bebedor.

LÚCAS. Cede, pues; házlo por mí,

y olvida cuentos de viejos.
TERESA Esos cuentos son consejos,
y todos salen de aquí. (El corazon.)
LÚCAS. Deja ese teson fatal;
en mí ya no ejerce influjo,
y está afrentando mi lujo
ese traje de percal.
Conforme á su posicion
debe la esposa vestir;
lo demás, fuera servir
de una constante irrision.
TERESA Pájaro de pardas alas,
en jaula de oro metido,
no dejará su vestido
aunque le cerquen de galas.
Tanto lujo le atolondra
y soltarle es necesario;
la jaula pide canario,
y pide campo la alondra.
En vano es que te consumas
y que te me pongas grave;
Lúcas, aquí es parda el ave
y no ha de soltar las plumas.
LÚCAS. Pero...
TERESA ¿A qué tanto lidiar
cuando mi pecho te adora?
¿Puedes? pues sácia en buen hora
ese afan de figurar.
Disfrute mi hija tambien:
mi complacencia no extrañes;
sé que mientras la acompañes,
ha de acompañarla el bien.
Conozco que tu largueza
va contra su porvenir;
pero es cristiano sufrir
del prójimo la flaqueza.
Viene así el tiempo, le tomo;
de gustos no hay nada escrito:
yo tengo el gusto maldito
de ganar el pan que como.
Gasta, derrocha sin tasa,
pero deja á tu mujer

que cumpla con el deber
de ser mujer de su casa.
Y si hecha el alma pedazos
llegas á mirar tu ruina,
vuélvete á mí, que una mina
de amor te abrirán mis brazos.

LÚCAS. No me quieras subyugar
con esa franca expansion;
hoy no escucho al corazon,
que me he propuesto triunfar.

TERESA No esperes tal sacrificio.

LÚCAS. Sin lucha lo he de obtener;
siempre en casa, ¿qué has de hacer?

TERESA Lo más natural; mi oficio.

LUCAS. ¿Cómo tu oficio?

TERESA Él me obliga
á que trabaje por tí,
pues yo vengo á ser aquí
lo que en el campo la hormiga.
Sin que la asuste el calor
de Julio, yendo y viniendo,
va afanosa recogiendo
lo que deja el labrador.
Con paso breve y seguro
se acerca al monton amigo,
y por un grano de trigo
escala á veces el muro.
Sale de la hera triunfante;
cruza con su carga encima
la senda, sin que la oprima
la planta del caminante,
y vuelve por otro grano
que ayuda á su compañero...
y así llena su granero
mientras se pasa el verano.
Como el invierno la aterra,
en cuanto el frio la acosa
se cobija presurosa
en su casita de tierra.
Y si con tono enemigo
llama á su puerta un gusan
contesta: perdona hermano,

trabaja si quieres trigo.
Así la hormiga concilia
los meses, y en lazo tierno,
pasa sin pena el invierno
su dilatada familia.
Yo, á pesar de tu riqueza,
quiero sus pasos seguir,
por si se deja sentir
el frio de la pobreza.
Que Dios el mundo al formar,
previniendo nuestros males,
hasta en los irracionales
nos dió ejemplos que imitar.

LÚCAS. Tu lógica es una carda
que me desuella, hija mia.

TERESA ¡Qué! si todo es tontería,
nada; gramática parda.

LÚCAS. Vales mucho, á la verdad.

TERESA Vencí, pues.

LÚCAS. Sueñas.

TERESA ¿Qué sueño?

LÚCAS. Es conveniencia, y no empeño
presentarte en sociedad.

TERESA ¿Cómo?

LUCAS. Esto me hará dichoso,
y mando...

TERESA Eso es otra cosa.
Si es que lo mandas, la esposa
obedecerá al esposo.

LÚCAS. Pues lo quieres, con dolor
así tratarte prefiero.

TERESA ¡Maldito sea el dinero
que me ha robado tu amor!

LÚCAS. ¿Qué dices?

TERESA Tendré virtud
para sufrirte, insensato.

LÚCAS. Pero yo...

TERESA Con tu mandato
empieza mi esclavitud. (Váse izquierda).

ESCENA IV.

LÚCAS.

¿Qué he dicho? ¿Lo sé yo acaso?
Fijo sólo en mi deseo,
por más que me aflija, veo
que es fuerza dar este paso.
Razon tiene, á la verdad,
en lo que al irse me ha dicho;
si la impongo mi capricho
la quito su libertad.
Y si la causo afliccion
y llora, no hay más, su lloro
me mata, porque la adoro
con todo mi corazon.
Ella, con franqueza, explica
que al campo volver desea,
y por alcanzar su aldea
desgracias me pronostica.
Luego es caso comprendido
que me quiere subyugar,
y el hombre no ha de aspirar
sólamente á ser marido.
Vamos, no tiene razon;
amor, siempre zalamero,
se indigesta, y yo no quiero
morir de una indigestion.
Bastante alcanzo su ardid;
le soy fiel hasta el exceso,
y para una esposa, eso
es una ganga en Madrid.

ESCENA V.

LÚCAS y JAVIER.

JAVIER. ¿Hay permiso?
LÚCAS. ¡Amigo mio!

Bien venido.

JAVIER. ¿Cómo va?

LÚCAS. Perfectamente.

JAVIER. ¿Y Anita?

LÚCAS. Vistiéndose; es mucho afan.
O reunion, ó teatro,
ó paseo... hay que pagar,
siendo esclavos de los hijos,
la dicha de ser papá.

JAVIER. Y cuando los padres son
tan bondadosos y...

LÚCAS. ¡Ya!
Suprima usted la lisonja
que aquí reina la amistad.

JAVIER. Gracias.

LÚCAS. Siempre para usted
seré un amigo cabal,
pues le debo á su talento
haber salido de arar.

JAVIER. Lo debe usté á la razon;
yo, abogado, no hice más
en el pleito, que poner
en relieve la verdad.

LÚCAS. ¡Ay don Javier de mi vida!
Si el que logra cosa tal
en estos fatales tiempos,
es una celebridad.

JAVIER. Confieso que está acertado
don Lúcas.

LÚCAS. No lo he de estar.

JAVIER. En fin, yo tengo por norte
mi obligacion.

LÚCAS. ¡Ajajá!

JAVIER. Y quien cumple su deber,
no se puede equivocar.

LÚCAS. ¡Bravo! ¿Y cómo va de asuntos?

JAVIER. De asuntos, ni bien ni mal;
pero se puede vivir.

LÚCAS. Dígame usted la verdad
Javier, porque sentiria
que le llegase á faltar,
y se olvidase de mí

en cualquier necesidad.

JAVIER. No hay motivo...

LÚCAS. En mis palabras
ofensa no encontrará,
sino buen deseo, ¿eh?

JAVIER. Sé en lo que debo apreciar
á los hombres.

LÚCAS. Pues entonces,
con entera libertad
disponga usted de mi casa.

JAVIER. Gracias.

LÚCAS. No las debe dar,
hombre; usted es casi casi
de la familia.

JAVIER. (¡Ojalá!)

LUCAS. Y bonita se pondria
mi cónyuge, si á negar
llegase á usted mi favor.
Habria un lance formal.

JAVIER. Su esposa de usté es un ángel.

LÚCAS. Verdad que sí.

JAVIER. ¿Dónde está?

LÚCAS. Por adentro, como siempre.
Bien se podria apostar
á que ha empuñado la rueca
ó se ha puesto el delantal.

JAVIER. Siempre amante del trabajo.
¡Envidio á usted!

LÚCAS. ¡Voto vá!
Yo daria cualquier cosa
por no verla trabajar.

JAVIER. ¿Sigue usted en su manía?

LÚCAS. Y á fé que no es de extrañar.

JAVIER. ¿Cómo que no? Una mujer
hacendosa, angelical,
amante fiel de su casa,
centinela de su hogar,
no es tesoro de la tierra,
es galardon celestial.

LÚCAS. Al órden señor letrado,
no se trata de negar
por un momento en mi esposa

ni una sola cualidad
de las que usted enumera.
¿Quién apreciarlas sabrá
mejor que yo?

JAVIER. No he supuesto...

LÚCAS. Si no hay otra esposa igual
en todo el orbe: si yo
no la merecí jamás;
ni yo ni nadie, y dejando,
ahora la parte moral,
el físico... vamos hombre,
no se puede mejorar.
Con sus cuarenta al caer
es blanca como un panal
de la Alcarria, y en sus ojos
el cielo copiado está
de tal modo, que á la copia
envidia el original.
Cuando ella habla, el corazon
no late por escuchar,
pues para mí de su boca
sale la felicidad.
En fin, Javier, de tal modo
mi pecho la quiere amar
que pienso que á Dios pedí
la prueba de su bondad,
y que al darme á esa mujer
me dijo Dios: ahí está.

JAVIER. Ese es verdadero amor.

LÚCAS. Si usted la llega á encontrar,
soltera, jóven y alegre,
como la encontré yo allá
en la aldea, de seguro
se la lleva usté al altar.
Lista como una perdiz,
y limpia como el cristal,
y rubia como la espiga
en Agosto por segar:
salia al campo resuelta
saltando acequia y jaral,
brazos y cabeza al aire
en Junio y en Navidad;

si cantaba, las alondras
repetian su cantar,
mientras yo por verla, nunca
ganaba entero el jornal.
Los domingos era reina
en la plaza del lugar,
dando á mi pecho más celos
que sufrir puede un sultan;
y un ingeniero de minas
me dijo al verla bailar
un dia: eso no es mujer,
es una mina de sal.
En poniendo ella los brazos
así... (Hace ademan como para bailar jota.)

ESCENA VI.

LÚCAS, TERESA, JAVIER.

Al salir Teresa, Lúcas sorprendido se vuelve de espaldas disimulando.

TERESA. ¿Hola, Javier, que tal?
JAVIER. Muy bien. (Se estrechan la mano.)
LÚCAS. (Malditos resabios,
por poco empiezo á danzar.)
Dejo á ustedes un momento.
JAVIER. Usted es muy dueño.
(Lúcas hace señas á Javier, como diciéndole que no cuente á Teresa lo que ha pasado.)
¿Qué?
(Lúcas le hace señas de que calle.)
¡Ah! (Comprendiendo.)
LÚCAS. (¡Cielos, si en vez de mi esposa
llega á ser el general!)

(Se entra por la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

TERESA, JAVIER.

TERESA. ¡Benito!
BENITO. (Saliendo.) ¿Qué mandan?
TERESA. Vé;
tu amo se viste.
BENITO. Al momento.
(Jurara que á este abogado
le gusta tambien el pueblo.)
(Entra en la derecha.)
TERESA. ¿Cómo tan caro de ver?
Hace tres dias lo ménos
que estuvo usté á visitarnos.
JAVIER. Tres hace.
TERESA. Sobrado tiempo
para el que diariamente
compañía suele hacernos.
JAVIER. Es verdad.
TERESA. Ana temia
que estuviese usted enfermo;
pero no veo señales...
JAVIER. Gracias á Dios, estoy bueno.
TERESA. Más vale así, porque Ana
le quiere con tanto extremo
que si usted se pone malo
de fijo enferma: por eso
siempre que á Dios me dirijo,
por los dos á un tiempo rezo.
JAVIER. Esas palabras me llenan
de alegría.
TERESA. Así lo creo.
JAVIER. Usted sólamente sabe
la pasion que nos tenemos;
renunciar á ella, seria
casi renunciar al cielo,
y aunque me sobra esperanza,
á la verdad tengo miedo.
TERESA. ¿Por qué?

JAVIER. Yo no sé, me acosa
un fatal presentimiento,
y no logro á mi pesar
dominarlo, porque temo
que pueda alguno robarme
la ventura que apetezco.
TERESA. Déjese usted de tontunas.
JAVIER. Pero...
TERESA. Mi apoyo teniendo,
no debia usted dudar
de que al fin será mi yerno.
JAVIER. Mas si don Lúcas se niega?...
TERESA. ¿Qué conseguiria?
JAVIER. Creo
que siendo el padre de Ana...
TERESA. Yo la he llevado en mi seno,
y para que ni una pena
pudiese entrar en su pecho,
á pié firme sufriria
las penas del mundo entero.
JAVIER. ¡Señora! (Con alegria.)
TERESA. Si es el capullo
que brotó en mi tallo esbelto,
¿cómo ha de faltarle sávia
mientras no me falte aliento?
JAVIER. ¡Amor de madre!...
TERESA. El mejor;
no se ofenda usted por esto:
pero es un amor tan grande,
tan sublime y verdadero,
que por milagro de Dios
vive mártir entre el cieno
de este mundo, como vive
el alma dentro del cuerpo.
Las madres, al hijo amado
de distinto modo vemos
que los demás, y aunque sea
por desdicha contrahecho,
por tal cristal le miramos,
que para los ojos nuestros
no hay álamo en la ribera
más gentil ni más derecho.

JAVIER. Usted ánimo me presta.
TERESA. Tenga usted fé: yo prometo
que la estrella de su amor
brillará como un lucero.
JAVIER. ¡Oh! gracias.
TERESA. ¿Y nuestro asunto?
JAVIER. En casa el dinero tengo;
nueve mil duros cabales.
TERESA. ¡Hola! mil duros de aumento.
JAVIER. Seguros sobre hipotecas,
en un año eso rindieron
los ocho mil.
TERESA. Poco á poco
ha ido mi monton creciendo.
JAVIER. Juntando un grano á otro grano
se va llenando el granero.
TERESA. Eso le digo yo á Lúcas
y él se burla del proverbio:
Cinco mil duros me dió
cuando usted le ganó el pleito,
para galas y tocados
y piedras que yo desprecio.
En vez de esas fruslerías,
pensé que era más certero
ir formando un capital,
mis ahorillos añadiendo;
usted me ayudó á formarlo,
pero no esperé obtenerlo
tan crecido; de manera
que doy gracias á su celo,
ya que no pueda pagarlo
mi eterno agradecimiento.
JAVIER. ¿Quiere usted callar?
TERESA. Ahora
deseo que completemos
mi plan.
JAVIER. Cuando á usted le plazca;
yo á todo me hallo dispuesto.
TERESA. Si me quisiesen vender
la casita en que en el pueblo
vivíamos, con las tierras
que hay alrededor, el huerto,

la chopera y los corrales,
se realizaba mi sueño.

JAVIER. Fácil es de conseguirlo
dando algo más de su precio.

TERESA. Se ha de poner la escritura
á nombre de Ana.

JAVIER. Comprendo.

TERESA. Corriente; pues á comprarlo
mañana.

JAVIER. Conozco al dueño.

TERESA. Mejor.

JAVIER. Y vive en Madrid.

TERESA. Pues mucho más fácil.

JAVIER. Pero...

TERESA. ¿Qué?

JAVIER. Nos va á faltar metálico
para todo...

TERESA. ¿Cuánto?

JAVIER Pienso
que con mil duritos, haya
más que suficiente.

TERESA. Bueno:
los pediré á mi marido;
él mismo me ha dado el medio
y viene que ni pintado.

JAVIER. ¡Ana! (Mirando á la derecha.)

TERESA. Guarde usté el secreto.

ESCENA VIII.

TERESA, JAVIER, ANA con otro traje de lujo.

ANA. ¡Javier! (Con alegria.)

TERESA. El mismo, hija mia.

ANA. (Rehusando la mano que le ofrece.)
¡Tres dias sin parecer!

JAVIER. Me ha retenido el deber.

TERESA. Pues; lo que yo te decia.

ANA. ¿El deber? ese señor

que todos venerais tanto,
á pesar de ser tan santo,
me parece encubridor.

JAVIER. Esa injuria es en mi oprobio.

TERESA. Nunca ví tales desvelos;
¡pues no tiene mi hija celos
de la virtud de su novio!

ANA. Pero él causa mi dolor.

TERESA. Ya causará tu contento.

ANA. ¿Y quién paga este tormento?

TERESA. ¡Qué exigente es el amor!

JAVIER. Déjela usté.

TERESA. Es una loca.

JAVIER. ¿Qué importa que abra sus labios
queriendo decir agravios
si es fuente de miel su boca?

ANA. ¡Oh! (Le dá la mano.)

TERESA. Cesaron sus dolores:
el amor es mariposa,
que enojada, no reposa
hasta que encuentra las flores.

ANA. Perdona.

JAVIER. ¿Si nos amamos
cómo ofendernos podemos?

TERESA. Cierto.

ANA. Sí que nos queremos,
pero nunca nos casamos.

TERESA. ¡Hija!

ANA. No soy indiscreta;
quien la ley quiera acatar
del amor, se ha de casar.

JAVIER. Segun como se interpreta.

ANA. ¿Cabe otra interpretacion?

JAVIER. Si un padre se opone al caso,
no puede darse este paso
sin prévia jurisdicion.

ANA. No entiendo; pero mi padre
que se niegue es increible,
porque es negarse imposible
á lo que pide mi madre.

TERESA. ¡Hija mia!

JAVIER. Por fortuna

ella nos puede amparar.
TERESA. Pero es preciso aguardar
una ocasion oportuna.
ANA. ¿Cómo?
JAVIER. Sí.
TERESA. Cuando mi esposo,
perdiendo sus ilusiones,
comprenda que mis razones
pueden labrar su reposo;
cuando la ruda experiencia
le marque nuevo sendero,
y se levante severo
el grito de su conciencia;
libre de la vanidad
que hoy aprisiona su sér,
hará feliz á Javier
tu propia felicidad;
que el corazon destrozado,
cuando el oro le maltrata,
como antes buscó la plata
busca luego al hombre honrado.
JAVIER. Tengamos resignacion.
ANA. Bien, y hasta que nos casemos,
por no aburrirnos, busquemos
los dos nuestro corazon.

ESCENA XI.

Dichos y LUCAS.

(Benito sale, y se va por el foro.)

LÚCAS. Ya estamos listos, ¿qué tal?
JAVIER. Hecho un muchacho.
LÚCAS. Hoy estamos
de enhorabuena.
JAVIER. ¡Hola!
LÚCAS. Vamos
á casa de un general.
JAVIER. Soberbio; ¿pero tan pronto?
LÚCAS. Si no hay etiqueta; nada;

él quiere una gran jugada
proponerme... Como tonto
busca buen socio.

JAVIER. Ya.

TERESA. Antes
de salir dáme dinero;
que esta noche comprar quiero
un adorno de brillantes.

LÚCAS. ¡Zambomba!

TERESA. Porque no digas
que hago al mandato desden,
debo presentarme bien,
ya que á tal cosa me obligas.

ANA. Pero... (Asombrada.)

JAVIER. (Calla.) (A Ana.)

LÚCAS. Estoy atado.
Yo nunca gastar te ví.

TERESA. Cierto.

LÚCAS. ¿Pues en dónde, dí,
los cinco mil has guardado?

TERESA. De un pobre remedié el mal.

LÚCAS. Deja que el juicio recobre.
¿Quién diablos es ese pobre
que traga tanto caudal?

TERESA. Me lo callo.

LÚCAS. No me explico
tan rara contradiccion;
ó ese pobre es muy tragon,
ó habrá ya llegado á rico.

TERESA. Casi...

LÚCAS. Pues no has de extrañar
que le quiera conocer.

TERESA. Como le llegues á ver
de fijo te hace llorar.

LÚCAS. Entonces huya de mí,
que tédio el llanto me inspira;
harto he sufrido.

TERESA. Pues mira
no está muy lejos de tí.

LÚCAS. ¿El llanto ó el pobre?

TERESA. Alguno
de los dos.

JAVIER. (Que no se escame.) (A Teresa.)
TERESA. En fin, el dinero dáme,
no digas que te importuno.
LÚCAS. ¿Cuánto?
TERESA. Lo que no se niega
para una presentacion.
LÚCAS. ¡A ver!
TERESA. Nó tengo ambicion;
basta con una talega.
LÚCAS. ¡Zape!
TERESA. ¡Qué!
LÚCAS. A darla me avengo.
(Saca la cartera, y le da billetes.)
Aquí esta el papel, señora;
aunque casi es por ahora
todo el dinero que tengo.
TERESA. ¡Cómo!
LUCAS. ¿Ya vas á alarmarte?
Digo aquí, precisamente:
mas tengo en cuenta corriente,
capital para inundarte.
TERESA. ¡Ah!
LÚCAS. Por cierto que mañana
necesito.... si supieran
ustedes!... si comprendieran....
TERESA. Vamos.
ANA. / JAVIER. ¡Qué!
LUCAS. Tengo una gana
de decir la verdad toda...
TERESA. Habla ya...
ANA. En brasas estoy.
TERESA. ¡Qué es ello?
LÚCAS. Esta noche voy
á concertar una boda.
ANA. / JAVIER. ¡Ah!
TERESA. ¡La de tu hija!
LÚCAS. ¡Qué va
á que la causa amargura
la noticia?
JAVIER. (¡Adios, ventura!)

ANA. (¡Adios, amor!)
TERESA. No será... (Con resolucion.)
LÚCAS. ¡Eh?
TERESA. Digo que no es creible.
LÚCAS. ¡General! gran porvenir! (A Ana.)
Mañana debe salir
tu dote de *La Infalible*.
JAVIER. ¿*La Infalible*?
LÚCAS. Sí.
JAVIER. ¿Usté ha dado
sus fondos á esa canalla?
LÚCAS. ¡Qué!
JAVIER. De ira mi pecho estalla;
ha sido usted engañado.
LÚCAS. ¡Cómo! (Conmocion en todos.)
TERESA. ¡Ah! (Con esperanza.)
ANA. ¡Dios mio!
LÚCAS. ¡La prueba! (Inmutado.)
JAVIER. ¡Aquí está!
(Con un periódico y señala el párrafo.)
LÚCAS. ¡No veo! (Trémulo.)
JAVIER. A fé
que es expuesto...
(Queriendo quitarle el periódico.)
LÚCAS. Deje usté
que todo el veneno beba.
(Todos se agrupan; lee Lúcas.)
«NOTICIAS.—Hoy se ha cometido una importante estafa, de que han sido víctimas muchos incautos. Los gerentes de la sociedad titulada *La Infalible* han desaparecido llevándose todo el dinero existente en caja. La autoridad, etc »
ANA. ¡Oh!
LUCAS. Con tantos suscritores...
yo... fuí... (Ensimismado.)
TERESA. (¡Qué felicidad!)
JAVIER. Era la tal sociedad
un centro de estafadores. (Indignado.)
LÚCAS. ¡Teresa! (Con dolor.)
TERESA. ¡Que eso te aflija!

LUCAS. Cierto... de cualquier manera....
(Queriendo reponerse.)
TERESA. Corre; el general te espera;
corre á vender á tu hija.
ANA. ¡Madre! (Yendo á ella.)
LUCAS. ¡Qué dice!
TERESA. ¡Malvado!
LUCAS. Silencio... tu esposo soy.
vamos. (A su hija.)
(Pero, ¿á dónde voy
completamente arruinado?)
(Vuelve, y cae en el sillon.)
ANA.. ¡Padre! (Consolándole.)
JAVIER. ¡Señor!
LÚCAS. ¡Ay de mí!
Nunca esperé tal quebranto.
TERESA Mira si es cierto, que el llanto
estaba cerca de tí.
¿Lo ves? (Mostrándole á su hija.)
LÚCAS. ¿Me quieres matar?
Basta.
TERESA ¡Gracias, vírgen mia!
Entra en mi pecho, alegría;
entra, ya puedes entrar.
JAVIER. Señora, por compasion.
TERESA Si no puedo contenerme.
LÚCAS. ¿Arruinado quieres verme?
Tienes muy mal corazon.
TERESA ¡Mal corazon! me da enojos
oirlo; dichosa fuera,
si arrancármelo pudiera
para arrojarlo á tus ojos.
¿Y áun no lloras?
LÚCAS. ¿Quién tal hace
cuando aun espera vencer?
TERESA ¿Cómo?
LÚCAS. Fuerte vuelvo á ser.
Vamos, hija.
TERESA Qué! ¿á ese enlace
no renuncias?
LÚCAS. ¡Torpe accion
seria en mí á no dudar;

¿cómo puedo renunciar
á la única salvacion?
Ana, nos esperan.

TERESA. (Delante de su hija.) No.

LÚCAS. ¡Teresa!...

TERESA. ¡Ves cómo llora?
No quiere ir.

LÚCAS. Basta, señora;
en mi casa mando yo.
(Toma á su hija del brazo, y salen.)

ESCENA X.

TERESA, JAVIER.

JAVIER. ¡Dios mio!

TERESA. ¡Qué infame alarde!

JAVIER. En mí su valor se ceba.

TERESA. ¿Eso es valor? sí; el que lleva
al patíbulo al cobarde.

JAVIER. Si ese general le auxilia...

TERESA. La suerte hiere sin tasa.

JAVIER. Quizás...

TERESA. Compre usted la casa,
que vuelvo á tener familia. (Con firmeza.)

(Javier se dirige al fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

—

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, ANA, JAVIER.

TERESA. Con que es decir que tu padre
en corregirse no piensa?
AÑA. No señora.
JAVIER. Pues cuidado,
que el golpe ha sido de prueba.
ANA. Dice que tiene dinero
prestado, y cobrarle espera.
TERESA. ¿Prestamista mi marido?
pues están de enhorabuena
los tunantes.
JAVIER. ¡Ay! señora,
mal presagio tales nuevas
le infunden al corazon,
cuando lleno de impaciencia
venia con la esperanza
de que el general hubiera
renunciado á su propósito,
en vista de la ocurrencia
de *La Infalible*.
TERESA. Tal vez

á estas horas no lo sepa.
JAVIER. ¿No ha de saberlo? Esa estafa
tiene mucha trascendencia;
la sociedad ofrecia
una ganancia soberbia
al capital; ya ve usted
el diez y ocho... ¿quién no llega
en siendo un poco ambicioso,
y no teniendo cautela,
á depositar sus fondos
con ventaja tan inmensa?
Así es que los engañados
casi por miles se cuentan,
y desde ayer se suceden,
que es un espanto, las quiebras.
En la banca y en la Bolsa
se anotan á toda priesa
los nombres de los incautos
cuyo crédito se anega;
con la cristiana intencion
de no arrojarle una cuerda.
ANA. Pues eso Dios no lo manda.
JAVIER. Tal es la humana comedia.
La hipocresía la expone,
los intereses la enredan,
la muerte la desenlaza,
el cielo la desaprueba,
el demonio la refunde,
y siempre se representa.
TERESA. Es un vicio la codicia,
Javier.
JAVIER. Usted con su tema.
TERESA. No hay negocio como el ahorro;
la economía; el que arriesga
su capital que procure
ganar siempre poca renta;
quien mucho abarca, nos dice
el adagio, poco aprieta;
grano de trigo al granero,
y á buscar otro, y que vengan
dias, que de grano en grano
el granero al fin se llena.

¿No es esto cierto?

JAVIER. Sin duda.

ANA. Mi padre al contrario piensa,
y afirma que siempre mucho
recoge, quien mucho siembra.

TERESA. Pero él siembra en campo ajeno,
y por eso nunca siega.

ANA. El hecho es que el general
sigue en sus trece.

TERESA. Tontuela,
¿qué ha de hacer ese gorrion
que en el campo se nos entra?
Tu padre, en vez de espantarle,
su mejor cebo le enseña;
y está claro, el pobrecito
abre la boca y espera.

JAVIER. ¡Qué ocurrencia!...

TERESA. Ese señor
es un pájaro de cuenta;
pero como mi marido
ve sus espigas por tierra,
en cuanto el pájaro atisve
que todo han sido promesas,
y no más, sacude el ala,
como quien dice, ahí te quedas.

JAVIER. Mas si cobra ese dinero...

TERESA. Créame usted, Lúcas lleva
el corazon en la mano.

JAVIER. Es verdad.

TERESA. Su ruina es cierta;
pero yo le salvaré.

ANA. Y si entre tanto...

TERESA. No temas.
Esa boda es imposible.

JAVIER. Dios escuche tal sentencia.

ANA. ¡Oh!

TERESA. Te lo dice tu madre,
y las madres siempre aciertan
en tratándose de un hijo,
tal, que aunque tranquilas duerman,
cuando aquel va á despertar,
sin que nadie se lo advierta

para verle abrir los ojos
amorosas se despiertan.

JAVIER. Admiro esa fé.

TERESA. No hay miedo;
la suerte se tornó adversa
para mi esposo, que al fin
inclinará la cabeza.
Con que tranquilízate
y véte de aquí, no vuelva,
y al mirarnos reunidos
abrigue alguna sospecha.

ANA. Adios, Javier.

JAVIER. Hasta luego.

ANA. ¡Cuándo querrá Dios!...

JAVIER. Paciencia.

(Entra Ana en su cuarto.)

TERESA. Usté pronto á ver si ese hombre
se decide á hacer la venta.

JAVIER. ¡Caramba! dijo á las dos,
y son ya las dos y media. (Reloj.)

TERESA. Ve usted...

JAVIER. Sírvame de excusa
Ana.

TERESA. Perdono por ella;
pero vaya usté al momento.

JAVIER. En seguida doy la vuelta. (Vase foro.)

ESCENA II.

BENITO, TERESA.

BENITO. Buenas tardes nos dé Dios;
aquí traigo los periódicos;
(Los deja en el velador.)
me mandó el amo por ellos.

TERESA. Ya presumo... ¿No ha venido?

BENITO. ¿Quién, el amo? No señora.

TERESA. Pues es raro; no le he visto
hoy.
BENITO. Se levantó temprano.
TERESA. ¡Hola!
BENITO. Tomó un bocadito
en su cuarto, y se marchó.
Anda como un zarandillo.
TERESA. ¡Pobre Lúcas!
BENITO. (¿Está alegre?
pues voy á ver si consigo...)
De seguro que no vuelve
tan pronto, porque me dijo,
sal á paseo, si quieres;
con que, si usté da permiso...
TERESA. Tú siempre estás en la calle.
BENITO. ¿Yo? (Mal negocio.)
TERESA. De fijo
que tienes alguna novia;
no mientas.
BENITO. Nunca he mentido:
ha acertado usted, señora.
Pero uno...
TERESA. Si no te riño;
al contrario; por lo franco,
puedes salir... lo permito.
BENITO. Ya ve usted, uno á que está;
soy jóven, bien parecido;
segun el que vende fósforos,
paso ya por señorito.
Con que con estas ventajas
me he buscado un buen partido.
TERESA. Alguna doncella.
BENITO. Yo
no lo sé... cose vestidos.
TERESA. Si es honrada...
BENITO. Así dice ella,
y lo que es yo nada he visto...
TERESA. Recogida y hacendosa...
BENITO. Lo que es eso, de lo lindo;
segun la ropa que gasta
debe trabajar muchísimo.
TERESA. ¿Lleva lujo? Eso no es bueno.

BENITO. Me ha dicho que tiene un tio
que la regala sortijas
y le paga los postizos.

TERESA. ¿Y eso es verdad...?

BENITO. No ha de ser!
yo le conocí el domingo
que nos encontró en paseo;
me miró muy sério, y dijo
mi novia: ¿qué mira usted,
este muchacho es un primo.
Con que luego los tres juntos
hácia Madrid nos vinimos.
Despues ellos dos entraron
á refrescar en el Suizo,
y yo, como ya era tarde,
me vine á casa.

TERESA. ¡Ay! Benito,
sospecho que esa mujer...

BENITO. Me tiene loco perdido;
ni un cuarto meto en la hucha
desde que mi amor la rindo.
Porque como dice el amo,
quien siembra coge.. preciso;
y de cuando en cuando tengo
que llevarla un regalito.

TERESA. ¿Qué ella toma?

BENITO. Por supuesto.

TERESA. Pues te veo en mal camino.

BENITO. Si usted la viera... ¡es muy guapa!

TERESA. Por fuera será un prodigio;
pero por dentro...

BENITO. Por dentro
no sé... los bajos son limpios.

TERESA. ¿Qué bajos? Yo hablo del alma,
que no se laba en el rio.

BENITO. Presume usted...?

TERESA. La mujer
que de su honra estima el brillo,
tan solo debe admitir
regalos de su marido.

BENITO. Eso es viejo.

TERESA. La verdad

siempre es jóven; yo te aviso,
para que no te resbales,
en donde está el precipicio;
que eres huérfano, y de madre
hago las veces contigo.

BENITO. Sí, señora, y no dirán
que no soy agradecido.

TERESA. Pues bien; en vez de tirar
de ese modo tus ahorrillos,
poco á poco auméntalos,
déjate de córte y ruido.
Y cuando mires la hucha
llena de granos de trigo,
véte al pueblo, compra allí
un trozo de regadío,
y siembra, que en cada grano
saldrá una espiga, Benito.
Busca entonces una esposa
de la clase en que has nacido;
junta bajo un mismo techo
el trabajo y el cariño,
y verás como la humilde
casita que te dé abrigo,
la tendrás en más estima
que el más soberbio edificio;
porque para levantar
aquel tugurio tranquilo,
con el sudor de tu frente
se amasarán los ladrillos.
El trabajo es un negocio
en el que nadie ha perdido,
y tiene tambien su lujo
aunque no de falso brillo.
No hay gala como la esposa
que ofrece su padre á un niño;
ni traje como el honor,
ni perlas como los hijos.

BENITO. Cada loco con su tema.

TERESA. Corriente, yo con el mio;
puede ser una manía,
mas piensa en lo que te he dicho,
porque si no, esa señora,

doncella de hacer vestidos,
pronto te dejará en cueros.
BENITO. ¿Cómo?
TERESA. Como no andes listo.
(Váse izquierda.)

ESCENA III.

LÚCAS, BENITO.

BENITO. Y dále con las espigas,
y vuelta al grano de trigo;
¡hay qué grano! aquí le tengo
(En la garganta.)
desde que á Madrid vinimos.
(Entra Lúcas.)
El amo; mal gesto trae.
Señor...
LÚCAS. ¿Quién es? ¡Ah! Benito,
buenas tardes.
BENITO. ¿Quiere usted
tomar algo?
LÚCAS. No.
BENITO. He traido
los papeles; ya ve usted...
todos ellos.
LÚCAS. Bien.
BENITO. (Colijo
que viene la nube negra
y va á soltar el pedrisco...
yo por si acaso, me escurro,
aprovechando el permiso.) (Váse foro.

ESCENA IV.

LÚCAS.

Periódicos: tontería,
¿para qué leerlos quiero?
Me han robado mi dinero
y además la policía
me tacha de majadero.
Sí; porque yo me quejaba,
y aquel hombre de los lentes,
mientras que de pié le hablaba,
apoltronado exclamaba:
—¿Quién se fia de esas gentes?
La confianza es un mal,
que mil desdichas entraña;—
dijo el hombre muy formal.
—¿Pues dónde guarda en España
un hombre su capital?—
Creí ponerle en apuro,
pero con voz de conjuro,
contestó:—¡El clamor eterno!
Si quiere verlo seguro
déselo usted al gobierno.—
Y tanto el enojo ha sido
de aquel señor respetable,
que sus iras he temido,
y casi me ha convencido
de que yo soy el culpable.
Con los pagarés firmados,
voy, reclamo; otra bobada;
ya son papeles mojados.
Las firmas no valen nada
porque no están protestados.
—¿La buena fé, dónde fué?
dije; pero aquel tirano
contestó:—Lárguese usté;
porque aquí no tiene fé
nadie, más que el escribano.—

Así por desdicha mia,
aprender pude en un dia,
que la estafadora grey
envuelve su alevosía
con las mallas de la ley.
Cara me cuesta la historia
de esa miserable escoria,
que mi honrada esposa increpa.
¡No hay infame que no sepa
el Código de memoria!

ESCENA V.

TERESA, LÚCAS.

TERESA. Bien dije que habia oido...
LUCAS. ¡Hola! (Se me va á burlar.)
TERESA. ¿Es hora ya de almorzar? (Reconviniendo.)
LÚCAS. Un asunto... (Pausa.)
TERESA. Te has venido
con pocas ganas de hablar.
Pero si estás enojado,
Lúcas, la ocasion no es esta
de que estalles; has triunfado
de mí; tu objeto has logrado,
y á todo me hallas dispuesta.
LÚCAS. Lo que va de ayer á hoy.
TERESA. Yo siempre la misma soy.
LUCAS. Hoy no dices lo que ayer,
pues como arruinado estoy,
nada tienes que temer.
Venciste...
TERESA. ¡Qué tono! (Yendo á él.)
LÚCAS. Quita.
TERESA. No, que debo tu quebranto
consolar...
LÚCAS. (Me precipita.)
TERESA. Vierte en mi pecho ese llanto
que tu corazon irrita.

Mira el perdido sendero
en que te aguardaba yo;
como el pobre marinero
vuelve á mirar el lucero
que la tormenta escondió.
Sonria ese rostro amante
que mi corazon devora;
luzca el alma en tu semblante
como por Mayo, brillante
alumbra al campo la aurora.

LÚCAS. Teresa, yo no podré
tus consejos escuchar;
aún tengo en mis planes fé;
si la acaban de matar
lo juro, me vengaré.

TERESA. Porque la suerte variable
te retira sus favores
se despiertan tus rencores!
¡Dios mio, qué miserable
es el hombre en sus dolores!

LÚCAS. Yo en mi pena no me fundo;
mi rencor será profundo
por mi hija.

TERESA. Tal no arguyas.
¿Acaso las culpas tuyas
las debe pagar el mundo?

LÚCAS. ¿Cómo quieres que le cuadre
á mi pecho paternal
que así el mundo le taladre?

TERESA. No ama á sus hijos el padre
que piensa en ser criminal.

LÚCAS. ¡Criminal! (Aterrado.)

TERESA. Te da rubor.

LÚCAS. No pienses que mi rencor
pudiera llegar á tanto.

TERESA. Si lo pensara, de espanto
huyera de aquí mi amor. (El pecho.)
Ni tú me taches de impía
porque la razon te niego.

LÚCAS. Es que mata tu alegría.

TERESA. Cuando empieza á ver el ciego
le daña la luz del dia.

Pero despues, separando
sus matices y colores,
lo que antes vió recordando,
corre con afan buscando
una tras otra las flores.
Lúcas, el oro hace un año
que sin vista te dejó;
pero el mundo te buscó
un doctor. ¡El desengaño
á cuántos ciegos curó!
La dicha es fácil tenerla
mas nadie sabe apreciarla.
¡Feliz aquel que al hallarla
tras el dolor de perderla,
siente el placer de encontrarla!

LÚCAS. Si no me quiero afanar
esa dicha por lograr.

TERESA. Ofende á Dios tu desden.

LÚCAS. Yo tan solo busco el bien
de mi hija, y lo he de encontrar.

TERESA. ¿Eso dices?

LÚCAS. Eso digo;
próximo su casamiento
algun percance presiento,
pues á dotarla me obligo
y con la dote no cuento.

TERESA. Eso no es muy de sentir;
ella á gusto no se casa.

LÚCAS. ¡Oh! (Enojado.)

TERESA. Pongo á mi lengua tasa;
no me vuelvas á decir
que eres el amo en tu casa.

LÚCAS. Ni aquello fué de buen grado,
ni yo repetirlo espero;
con que déjalo olvidado
y en este trance apurado
hablemos de tu granero.

TERESA. ¿Mi granero?

LÚCAS. Ayer decias
que hormiga te proclamabas
y de un pobre te cuidabas,
¿Serán tus economías

el pobre que sustentabas?
TERESA. Quizá.
LÚCAS. Si nó, fueran vanos
tus ahorros, y así me explico
cuando recuerdo los granos
que cayeron en tus manos,
que tu granero esté rico.
Ahora bien, querida esposa;
mis alhajas han volado
con las cuentas que he pagado,
y no nos queda otra cosa
que lo que tú hayas guardado.
No creas que yo lo agote
ni para mí te lo pido;
pero quizá haya subido
á lo que importa esa dote
con que me he comprometido.
TERESA. Nunca he visto lance tal.
¿A una hormiga miserable
pedirle su capital
para que se case un sable....
es decir, un general?
Juzgo que no me equivoco
al pensar por lo que escucho,
que ese general es ducho
y debe valer muy poco
si no le rebajas mucho.
Cuando por más que lo lloro
le quieres dar un tesoro,
que no debe merecer,
pide un pasaporte de oro
con un nombre de mujer.
Fácil es de adivinar,
aunque en silencio lo niegas,
que ese contrato hecho á ciegas,
no ha de poderse firmar
sin unas cuantas talegas.
Pues como no se reforme
no pica el anzuelo el pez;
porque yo no estoy conforme;
y tu hija por esta vez
no se compra ese uniforme.

LÚCAS. Todo eso es aventurado
y mucho me compromete;
ese hombre es digno y honrado.
TERESA. Huye, Luzbel, de mi lado.
LÚCAS. ¿No quieres oirme?
TERESA. Vete,
gusanillo marrullero,
que tu acento zalamero
á mi corazon no obliga;
grano que encierra la hormiga
no sale del hormiguero.
LÚCAS. Me truecas en enemigo?
TERESA. Aunque te vuelvas tirano
no cedo.
LÚCAS. Mas si te obligo,
cederás.
TERESA. Perdona, hermano:
¡trabaja, si quieres trigo!
LÚCAS. ¿Qué dices?
TERESA. Aunque te aflija,
así debo contestar;
no vengas á demandar
ni un cabello de mi hija,
porque no te lo he de dar.
LÚCAS. Mira que mi enojo estalla.
TERESA. Rompan tus iras la valla;
no importa, yo lucharé
como madre, y estaré
más firme que una muralla.
LÚCAS. ¡Teresa!...

ESCENA VI.

LÚCAS, JAVIER, TERESA.

JAVIER. Si les molesto...
LÚCAS. ¡Hola! don Javier.
TERESA. (¿Qué pasa?) (A Javier.)
JAVIER. (Ya la vende.) (A Teresa.)

TERESA. (¡Ah!) (Con satisfaccion.)
LÚCAS. Hombre, anoche
con la novedad infausta,
y aquel lance familiar,
me fuí sin decirle nada.
JAVIER. ¿Qué importa?
LÚCAS. A veces mi esposa
tiene cosas...
TERESA. Muy extrañas,
¿no es cierto?
JAVIER. Lo que pasó
es natural, dos palabras
entre marido y mujer;
muy pocas veces se hallan
acordes dos pareceres
en asuntos de importancia.
¿Y qué tal, supo usted algo
de *La Infalible*?
LÚCAS. Que pasan
de mil los desventurados
que en el lance me acompañan;
que no han dejado ni rastro
de moneda, y que se aguarda
que por fin la policía
no descubra una palabra.
TERESA. ¡Qué siembra!
JAVIER. Lo que es los cuartos,
ya ni un galgo los alcanza.
LÚCAS. Verdad.
JAVIER. ¿No le dije á usted
que semejantes ganancias?...
LÚCAS. Quién podia figurarse...
JAVIER. Cualquiera.
TERESA. Si es cosa clara.
Por si acaso fué un gran sábio,
y un gran tonto, ¡*quién pensara*!
LÚCAS. Y vuelta á los dicharachos.
TERESA. Dicharachos porque amargan.
La vanidad te ha perdido:
bien la hiciste y bien la pagas.
LÚCAS. No me importa que hable así,
con usted hay confianza;

pero cualquiera al oirla
dirá que soy hombre al agua,
cuando todo es al contrario.

JAVIER. ¡Hola! tiene usté esperanzas.
LÚCAS. ¿Pues qué, lo dudaba usted?
JAVIER. Hombre...
LÚCAS. Esa boda me salva.
JAVIER. Vamos, ahora comprendo.
LÚCAS. Y una vez efectuada...
bien me puede usted creer,
don Javier, yo no soy rana.
TERESA. Ni pez.
LÚCAS. Sabré hacerme sitio
entre la gente elevada,
y... la cosa no es difícil,
padre de una generala...
TERESA. ¡Sí!
LÚCAS. Por de pronto me calzo
cualquier cosa... una embajada.
Despues...
JAVIER. Hé aquí una prueba
fiel de cómo anda España.
LÚCAS. Y usted, ¡oh!
JAVIER. (Ya me proteje.)
LÚCAS. No es poco lo que usted gana.
TERESA. Pues está claro.
JAVIER. No hay duda.
LUCAS. Un embajador...
TERESA. ¡Qué ganga!
LUCAS. Puede algo.
TERESA No te entusiasmes,
no te se caiga la cántara
como á la pobre lechera.
LÚCAS. ¿Vas á soltar otra fábula?
JAVIER. Pues no seria difícil
que el general se negara,
si sabe...
LÚCAS. No lo sabrá,
ni puede...
JAVIER. Se desparraman
muchos nombres que han sonado
en el comercio y la banca.

LÚCAS. Lo siento, porque mi firma
ha figurado en la plaza.
Pero en fin, el general
no ha de presumir que vaya
por eso á estar arruinado
el que ayer rico se hallaba.
Como no soy industrial
ni comerciante, á Dios gracias,
no hay peligro de que quiebre;
y en cuanto á su confianza,
precisamente hace poco
que le regalé una jaca
de cinco años, andaluza.

JAVIER. ¡Soberbio!

LÚCAS. De pura raza.
Quince mil reales costó....

JAVIER. ¡Diablo!

LÚCAS. No hace una semana.

TERESA ¡Ah! pues si hay señal, de fijo
la venta está asegurada.

LÚCAS. Hija, resígnate; al cabo
soy padre, y quien manda manda.
(Al ménos, me vengo así.)

JAVIER. Graves son esas palabras,
pero ilegales, don Lúcas.

LÚCAS. ¡Eh! ¿cómo?

TERESA Suelta alharacas.

JAVIER. Pues si la novia se niega
á dar el sí, ¿quién la casa?

LÚCAS. Ya; pero eso no es creible;
una hija bien educada
no puede...

JAVIER. La educacion
no juega, cuando se trata
de un lazo eterno.

LÚCAS. Bien, pero...
(Mi mujer me despedaza
con los ojos.) Muchas veces,
hay jóvenes que no alcanzan
á comprender que sus padres
un buen porvenir les labran,
y que para conseguirlo

es necesario casarlas.

JAVIER. Pero á menudo sucede,
y por alusion no valga,
que el padre por vanidad,
ó por otras circunstancias...
abusando del respeto
de los hijos...

LÚCAS. (Ejem.)

TERESA (¡Trágala!)

JAVIER. Hay padres, que al ver perdido
su capital, no reparan...
no lo digo por usted,
porque presumo que Ana...

LÚCAS. ¡Ah! si... cede. (Me asesina
mi mujer con su mirada.)

JAVIER. Otros hay, por el contrario,
que sin descanso trabajan...

LÚCAS. (Me estoy ahogando.)

JAVIER. Por no
mirarse...

TERESA (¡Trágala, trágala!)

JAVIER. En el aflictivo caso...

LÚCAS. Ya...

JAVIER. De no poder dotarlas,
si son hijas. (¡Cómo sufre!)

LÚCAS. (Estoy empapado en agua.)

JAVIER. Y como doña Teresa,
que es muy mujer de su casa...

LÚCAS. ¡Oh! mucho.

JAVIER. De grano en grano
llenan el granero y...

LÚCAS. Básta
de considerandos, ¿eh?
Ahora nos hace más falta
que vea usted los papeles
de esa endemoniada caja,
á ver si se puede hacer
alguna cosa.

TERESA (Está en brasas.)

LUCAS. Pasemos á mi despacho.
Digo...

JAVIER. Como á usted le plazca.

LÚCAS. (Por poco me da un ataque.) (Entran.)
TERESA (¡Trágala, trágala, trágala!)

ESCENA VII.

TERESA, ANA.

ANA. ¿Se está usted riendo sola?
TERESA ¡Ay, hija, si te contára!
pero no tenemos tiempo;
ahora es preciso que hagas
lo que te voy á decir.
ANA. Hable usté.
TERESA Es fácil que salga
luego tu padre; está ahí
con Javier.
ANA. Y no me llama
usted?
TERESA Déjate ahora de eso.
Saldrá tu padre, le abrazas
con cariño, y enseguida
le muestras tu repugnancia
á la boda, con franqueza,
sin temor; dí que te agrada
más la vida de la aldea
que la córte, que te encanta
el trabajo, díle, en fin,
todo lo que siente tu alma.
ANA. ¿Y cederá?
TERESA Allá veremos.
ANA. ¿Se va usted?
TERESA No olvides nada.
(Ya es hora de que se ponga
toda mi gente en batalla.)

ESCENA VIII.

ANA.

Procuremos hacer bien
lo que mi madre me manda;
porque cuando ella lo dice
debe convenir.

LÚCAS. (A la puerta.) ¡Qué plaga
lo que es si no me hago fuerte
voy á perder la campaña!
Nada, así, sin enfadarme,
iré haciendo mi jugada.

ESCENA IX.

LÚCAS, ANA.

ANA. Muy buenas tardes, papá.
LÚCAS. Buenas tardes, hija mia.
ANA. ¿Está usted triste?
LÚCAS. Es manía
la que tienes.
ANA. Callo ya.
LÚCAS. (Sospecho que esto va á ser
lo más grave; por instinto
lo conozco: hé aquí un quinto
mandado por mi mujer.)
No te me enojes por Dios,
que alegre te quiero hallar,
cuando hoy espero alcanzar
la ventura de los dos.
ANA. ¿De los dos?
LÚCAS. La de tu madre
tambien, aunque con voz ruda
me increpa, poniendo en duda
mis afecciones de padre.
No sabe que en tí me miro,

que vástago de mi amor,
eres la prueba mejor
del aliento que respiro.
Juntas en el alma os llevo
y sois en mi afecto igual,
dos bocas de un manantial
en que mi existencia bebo.

ANA. ¡Padre!

LÚCAS. Pongo por testigo
á Dios.

ANA. Mi madre ha extrañado
que usted mi mano haya dado
sin contar antes conmigo.

LÚCAS. Su enojo en esto se estrella.
Las madres todo lo ven
así.

ANA. Dice que tambien
se debió contar con ella.

LÚCAS. Estais en vuestro derecho.

ANA. ¿Lo confiesa usted?

LÚCAS. Si á fé.

ANA. Pues entonces...

LÚCAS. ¿Vamos, qué?
quiero que me abras tu pecho.
En tí están mis ojos fijos.

ANA. (¿Sí? tú mismo te condenas.)

LÚCAS. (¡Qué horribles fueran las penas
si no se tuvieran hijos!)

ANA. ¿Usted me adora?

LÚCAS. Sí tal.

ANA. Y quiere casarme.

LÚCAS. Sí.

ANA. Pero es el caso que á mí
no me gusta el general.

LÚCAS. (¿Lo dije?) No estoy conforme.

ANA. Es tan feo!

LÚCAS. No lo creas.

ANA. Vaya.

LUCAS. Cuando tú le veas
á caballo y de uniforme...

ANA. Ya ví el retrato en la sala.

LÚCAS. De diario y sin montar.

ANA. A mí no me ha de gustar
ni á caballo ni de gala.
LÚCAS. ¿Y qué le vamos á hacer
si ya no hay remedio, hija?
ANA. ¿No hay remedio?
LÚCAS. Aunque me aflija
no puedo retroceder.
ANA. ¿Que retroceder no puede?
LÚCAS. Tal accion no se acomoda
con mi carácter.
ANA. Si es moda;
todo el mundo retrocede.
Usted mi desdicha labra.
LÚCAS. Hija...
ANA. Mire usted, en fin,
que puede haber un motin
por cumplir una palabra.
LÚCAS. Tu recelo es infundado.
ANA. Va usté á condenar mi vida?
LÚCAS. ¿Más no ves, hija querida,
que tu padre está arruinado?
ANA. ¿Y qué? ya trabajaremos.
LÚCAS. ¿Tú trabajar?
ANA. ¿Por qué no?
entre los tres, creo yo
que nuestro pan ganaremos.
LÚCAS. Ni en broma tal cosa digas.
ANA. Sí tal.
LÚCAS. Tiemblo si te escucho.
ANA. Pero si me gusta mucho
andar entre las espigas;
ver el campo y sus vergeles
naturales; á las lomas
subir tras de las palomas;
hacer ramos de claveles,
y del lecho levantarme,
á mirar las golondrinas,
y echar trigo á mis gallinas
y en el arroyo labarme.
Estos los placeres son
que de niña he conocido,
y como los ha perdido

los busca mi corazon.
LÚCAS. Éntonces otro sendero
más grato no conocias;
pero hôy quizá no tendrias
ni aun aquel pobre puchero.
Y al ver sin pan y sin lumbre
nuestro reducido hogar,
tendrias que comparar,
rendida á la pesadumbre,
los ya perdidos plaçeres
çon la buscada amargura:
si eliges tal desventura
es que mi muerte prefieres.
ANA. ¿Placeres dice usted?
LÚCAS. Sí.
ANA. Llórelos quien los alcanza;
yo no tengo la esperanza
de hallar placeres aquí.
De pobreza no hay que hablar;
por no casarme á disgusto
seré pobre muy á gusto,
y Dios no me ha de faltar.
LÚCAS. Trabajar trás tanto anhelo,
¿qué dolor á este se iguala?
ANA. Padre, el trabajo es la escala
por donde se sube al cielo;
él los afectos concilia
y nuestras almas recrea.
Un jornalero en la aldea
tenia seis de familia;
seis; y viudo, ¡pobrecito!
lo recuerdo con dolor:
de sus hijos, el mayor
era así de pequeñito. (Señala.)
Pero él al campo contento
se lanzaba con la aurora
y allí fijo, hora trás hora,
arrostrando escarcha y viento,
trabajaba con afan
hasta que el sol se escondia,
y así á sus hijos ni un dia
les faltó comida y pan.

¿No es esto verdad?
LÚCAS. Sí.
ANA. Pues
en ella me fundo yo;
quien de los siete cuidó,
¿no ha de cuidar de los tres?
LÚCAS. Pero si es que yo no quiero
tal absurdo apadrinar,
ni tú te puedes casar
con un triste jornalero.
¿Cómo he de mirar con calma
ese deseo menguado,
cuando miro realizado
el mejor sueño del alma?
Yo verte sin compasion
esas manos destrozar?
yo, que las quiero guardar
entre copos de algodon.
Yo ver por el sol curtida
tu cara blanca y hermosa?...
antes de pedir tal cosa,
debes pedirme la vida.
ANA. No se enoje usted.
LÚCAS. Ten juicio,
y yo contento estaré.
ANA. Pues que usted lo manda, iré
resignada al sacrificio.
LÚCAS. Pero oye...
ANA. Nada; prefiero
á ese mentido explendor,
un marido con amor,
tenga ó no tenga dinero.
Y mejor si no le tiene;
porque así le ayudaré
y el granero llenaré.
Esto es lo que me conviene.

(Váse por la derecha, segundo término.)

ESCENA X.

LÚCAS.

Y dále con el granero;
esto de la raya pasa;
se ha convertido mi casa
en un inmenso hormiguero.
Todo el mundo se recrea
divirtiéndose conmigo;
basta de granos de trigo.
De hoy más, quien me hable de aldea...

ESCENA XI.

LÚCAS, BENITO, que viene descompuesto.

BENITO. Esto es infame, horroroso.
LUCAS. ¿Qué te pasa?
BENITO. Yo estoy ciego,
la córte no es para mí;
señor, vámonos al pueblo.
LÚCAS. ¡Qué!
BENITO. Bien dice la señora,
grano de trigo y...
LÚCAS. Zopenco.
BENITO. ¿Cómo?
LÚCAS. ¿Tú tambien me insultas?
Te voy á moler los huesos.
(Toma una silla.)
BENITO. ¡Socorro!

ESCENA XII.

LÚCAS, BENITO, TERESA, ANA, JAVIER.

TERESA. (Al salir.) ¿Qué pasa aquí?
ANA. ¿Qué hay?

JAVIER. ¿Qué sucede?
LÚCAS. Ese perro,
que se me burla en mis barbas.
TERESA. ¡Benito!
ANA. ¡Me gusta!
BENITO. Pero
señora, si lo que dice
á usted el amo, no es cierto.
LÚCAS. ¿Cómo?
TERESA. Sepamos el caso.
BENITO. Yo lo contaré en un verbo.
Como usted me dió permiso
para salir á paseo,
me fuí en busca de mi novia
hácia Chamberí corriendo.
Salgo, me gasto en pasteles
seis reales; al sitio llego
donde ella va; y ¡vaya un lance!
la encuentro en el merendero
muy satisfecha y ufana,
comiendo con un sargento.
JAVIER. Buen chasco.
TERESA. No te advertí...?
BENITO. Tiene usted razon, lo veo;
pero escuchen lo mejor,
porque no acabó mi cuento.
Me quedé como una piedra,
inmóvil delante de ellos.
y mientras ella reia,
dijo con guasa el guerrero:
—No hemos acabado, hermano,
vuelva por las sobras luego.—
Y la taimada esclamó:
—Bien por la gracia, salero.—
Al ver que así se burlaban,
señora, la dije, creo
que para darme este pago
no eran precisos rodeos.—
—No me dé usted la jaqueca,
respondió, ó con estos dedos
le señalo á usté en la cara
cinco caminos derechos.—

A mí.—Sí señor, á usted.—
Señora mia...—Don memo,
si se ha caido usté de un nido
aquí qué culpa tenemos.—
Ya no pude sufrir más,
y puf, de cólera ciego,
le reventé los pasteles
en la cara; pero luego
se armó la de San Quintin,
y entre ella y el tabernero
y el sargento, tal paliza
y julepe tan tremendo
me han dado, que allí se quedan
mi pundonor y mi pelo.

ANA. ¡Pobre Benito!

TERESA. Te está
muy bien, por ser majadero.

LÚCAS. Me consuela este borrico.

JAVIER. No lo es poco.

BENITO. Y cuando vuelvo
renegando de Madrid,
que no es córte, sino infierno,
busco á mi amo, le digo:
¡Señor, vámonos al pueblo,
que aquí no se puede estar!
pero se pone colérico...
y...

LÚCAS. Bien, eso ya ha pasado;
vete.

BENITO. Ya me voy.

TERESA. ¡Comprendo!

ESCENA XIII.

LÚCAS, TERESA, ANA, JAVIER.

JAVIER. ¡Pobre muchacho!

TERESA. Es posible,
Lúcas, á un chico tan bueno?...

JAVIER. Tan servicial....

LÚCAS. Basta ya:
no hay que hablarme de su mérito;
si sabré yo lo que vale
cuando en mi casa le tengo?
ANA. Pero usted que no se altera
fácilmente..
LÚCAS. Ahora me altero
porque quereis alterarme.
ANA. ¿Nosotros?
TERESA. ¿Qué estás diciendo?
LÚCAS. Sépase ya de una vez:
estoy hasta los cabellos
de oir hablar de los granos
de trigo, de campo y pueblo,
del trabajo, de los ahorros,
de hormigas y de hormigueros.

ESCENA XIV.

LÚCAS, TERESA, ANA, JAVIER, BENITO con un papel.

BENITO. Ahí está el alquilador
de carruajes, que ha traido
esta cuenta.
LÚCAS. (Me he lucido,
cómo pago á este acreedor?)
(Mirando la cuenta.)
Bien; no es mucho á la verdad.
TERESA. ¿Cuánto?
LÚCAS. Cien duros cabales;
en dos meses dos mil reales...
TERESA. Pues eche usted vanidad!
LUCAS. Dile que vuelva otro dia.
TERESA. (Van á creerte arruinado.)
LÚCAS. Espera... (estoy abrumado.)
JAVIER. ¿Qué pasa aquí?
LÚCAS. ¡Suerte impía!
JAVIER. Don Lúcas ..
LÚCAS. Me encuentro mal

de fondos. (Resuelto á todo.)

JAVIER. Pues hoy es grave...

LÚCAS. Sí...

TERESA. ¿Qué dirá si lo sabe
el ilustre general?

LÚCAS. Cierto. ¡Maldito dinero!

JAVIER. Y el caso urgencia reclama.

TERESA. Estoy mirando tu fama
á la merced de un cochero.

LÚCAS. Y aún guardas tus capitales,
mujer, y me ves así?

TERESA. Si yo los tuviera aquí...

LUCAS. ¿Quién me presta dos mil reales?
(Desaparecen Ana y Benito)

TERESA. Ahora empiezan los apuros.

JAVIER. El amigo en la ocasion;
pongo á su disposicion,
don Lúcas, cincuenta duros.
(Le dá un billete.)

ANA. (Saliendo con un bolsillo.)
Padre, mi filial amor,
esto le puede ofrecer.

LÚCAS. ¡Hija de mi vida!

TERESA. ¿A ver...?
(Echa el dinero en la mesa.)
Cuatro doblones...

BENITO. Señor,
(Sale con la hucha y un martillo.)
aunque es mi voluntad mucha,
no sé si salir podremos
del apuro.—Ahora veremos
cómo se porta mi hucha.
(La dá un martillazo y se rompe, cayendo las monedas en la mesa.)

JAVIER. Bien, Benito. (Va abrazarle.)

ANA. Sobrará.

TERESA. (A Lúcas.) Míralos.

BENITO. Vamos contando.

LÚCAS. ¡Oh! me están avergonzando!

ANA. Treinta pesetas.

BENITO. Bien va.
(Siguen haciendo separaciones con el dinero.)

TERESA. Marido...
LUCAS. Nada me digas,
mujer.
TERESA. Mira cuántos granos
pasan por aquellas manos.
LÚCAS. Sí, sí.
TERESA. ¡Mira las hormigas!

(Cuadro: á un lado los citados y al otro Teresa y Lúcas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

—

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, JAVIER.

TERESA. ¿Y bien?
JAVIER. Con seguridad
puedo decir que la empresa
terminé; por diez mil duros
casa, corrales y tierras
tenemos.
TERESA. Gracias, Javier.
JAVIER. Y esta escritura lo prueba. (La da un pliego.)
TERESA. ¡Ah, por fin!
JAVIER. Está extendida
y firmada en toda regla.
Ya es Anita propietaria,
y dichosa usted.
TERESA. A medias.
JAVIER. ¿Por qué?
TERESA. ¿Puede usté ignorarlo?
Hasta que unidas se vean
en lazo matrimonial
dos almas que amor estrecha,
yo no puedo ser feliz.

JAVIER. ¿Y si el general acepta?
TERESA. Entonces en su tertulia
me presento con mi rueca,
delante de todo el mundo
le digo que soy su suegra;
se desmaya mi marido,
y se concluyó la fiesta.
JAVIER. Ese seria un gran golpe;
mas quizá las consecuencias...
TERESA. Nada; á poco que apretemos
el enemigo se entrega,
y desbarato esa boda,
ó dejo de ser Teresa.
JAVIER. Aún no pierdo la esperanza.
TERESA. Y ¿quién podria perderla,
si la esperanza es la luz
que vemos en las tinieblas?
Báculo de nuestra fé,
que Dios al nacer nos presta,
con él se salvan del mundo
las escabrosas miserias;
en la tumba le dejamos,
y la muerte se lo lleva.
JAVIER. Señora, hay en ese acento
un fondo tal de elocuencia,
que desvanece las dudas
y al mismo dolor recrea;
lejos de aquí, poco á poco
se apodera la tristeza
del alma, porque la dicha
cierra para mí sus puertas;
mas cuando vuelvo á esta casa,
y usted responde á mis penas,
rompe esa voz mis angustias,
como el sol rompe la niebla.
TERESA. Pues no será porque yo
talento para eso tenga.
JAVIER. Quién sabe...?
TERESA. Pobre de mí!
labradora de una aldea,
sólo leí el Evangelio
y cuatro fábulas viejas.

ESCENA II.

LÚCAS, JAVIER, TERESA.

LÚCAS. ¡Albricias, Javier, albricias!
TERESA. Mi marido.
JAVIER. (¿Qué será?)
LÚCAS. Por fin salimos de apuros.
TERESA. ¿Has logrado rescatar
tu dinero?
JAVIER. Dificulto
que pueda ser eso.
LÚCAS. ¡Cá!
usted vió los documentos,
y...
JAVIER. No se puede salvar
ni un ochavo, si ha de ser
por medio del tribunal.
TERESA. Pues entonces, ¿á qué viene
tu alegría?
LÚCAS. No dirás
esta vez que los amigos
han faltado á la amistad.
JAVIER. Pero sepamos...
LÚCAS. Mañana
obtendré una credencial.
JAVIER. ¡Bravo!
TERESA. Seré embajadora.
LÚCAS. Hija, qué elevada estás...
TERESA. ¿Yo?... Como tú lo esperabas...
LÚCAS. Ahora te has de contentar
con seis mil reales.
JAVIER. Mensuales.
LÚCAS. No; al año.
JAVIER. ¡Qué nimiedad!
LÚCAS. Para el que no tiene nada...
TERESA. ¿Despues de tanto sembrar
vienes con esa cosecha?
LÚCAS. Tengamos la fiesta en paz;
tú no sabes lo que cuesta

en este tiempo alcanzar,
malo ó bueno un destinillo;
y mientras el general,
á quien para ser ministro
pronto el turno llegará,
me prepara un alto puesto
en la region oficial,
con los seis mil, y tus ahorros,
que son importantes ya,
mantendremos esta casa
como hasta aquí; muchos hay
que con ménos, en la córte
aire de condes se dan.

JAVIER. Sí, viviendo de la trampa.

LÚCAS. ¿Cómo?

JAVIER. Déjese usté estar
de empleos y vanidades;
si de un amigo leal
quiere admitir los consejos,
abandone sin tardar,
para bien de su familia,
esa manía fatal.

LÚCAS. ¿Cómo?

JAVIER. Le habrán prometido,
despues de mucho rogar,
esa plaza de escribiente.

LÚCAS. Sí señor, y me la dan,
estoy cierto; el diputado
tiene esa seguridad.

TÉRESA Lo dudo.

JAVIER. Aunque se la den,
¿qué le puede á usted durar?

LÚCAS. Mientras cumpla...

JAVIER. ¿Y usted sabe
si el que en ese sitio está,
y á quien por usted despiden,
su deber no cumplirá?

LÚCAS. Hombre...

JAVIER. Hoy ese diputado,
no pudiéndose escusar,
corre á poner en tortura
al ministro tal ó cual;

no hay vacante, ¡qué ha de haberla!
y es necesario dejar
sin trabajo á un hombre honrado,
y á una familia sin pan,
para darle á usté un empleo
que luego le han de quitar.

LÚCAS. Si tal supiera...

JAVIER. Lo mismo
que usted, otro llegará;
otra vez estará en jaque
la pluma ministerial,
y si con usted tropieza,
le manda el cese, y en paz.
La política es un juego
de quita y pon nada más;
juego en el que pierde siempre
el que de buena fé va;
con que ya ve usté, don Lúcas,
que es peligroso jugar.

LÚCAS. Pero ustedes me hacen gracia.
Si estoy arruinado ya,
¿para ganar la comida
qué diablos he de inventar?

JAVIER. Trabaje usted en su oficio.

LÚCAS. ¿En el campo y á jornal?

JAVIER. No imagino que por hoy
haya tanto de bajar.
Con los ahorros de su esposa,
y lo que producirá
en venta este mobiliario,
aun puede usted afincar.

LÚCAS. ¿Pero y la boda?

JAVIER. La boda.
que la lleve Satanás.

LÚCAS. Bien se conoce que usted
no está interesado.

JAVIER. Ya.
Pues por lo que me interesa
le doy consejo.

TERESA. Es verdad.

LÚCAS. ¿Cómo?

JAVIER. En fin, amigo mio,

procure usted no olvidar
mis reflexiones sinceras;
abandone la ciudad
antes de que rudamente
le pueda el tiempo mostrar,
que ha de tener gran talento
para el bien ó para el mal,
quien á la córte de España
venga aspirando á medrar.
Acate usted resignado
la ley de la sociedad,
trabaje para comer,
que Dios dice: ganarás
con el sudor de tu frente
lo que te ha de alimentar;
y hónrese usted con su oficio,
porque nobleza no hay,
siendo honrado el jornalero,
como la que da el jornal.
(Váse foro.)

ESCENA III.

LÚCAS, TERESA.

LÚCAS. Ya me tragué otra leccion.
TERESA. ¿Por qué no le has contestado?
LÚCAS. ¿Pues no ves que se ha marchado
como quien tiene razon?
TERESA. La tiene y hay que acatarla.
LÚCAS. Yo no lo quiero dudar;
mas si no la he de apreciar,
¿á qué conduce el mostrarla?
TERESA. Como bueno te ha creido...
LÚCAS. ¿Y en eso se ha equivocado?
TERESA. Da señales de malvado
quien es desagradecido.
LÚCAS. ¿Qué tengo que agradecerle?
si ayer dinero me dió,
para un hombre como yo

bastante pena es deberle.
Solo al pensarlo me altero:
dinero...

TERESA. No te acalores,
yo no hablo de esos favores
que se pagan con dinero.

LÚCAS. Debieran de prohibirlo.

TERESA. ¿Tanto el oro te molesta?

LÚCAS. ¿Con qué paga el que lo presta,
la vergüenza de pedirlo?

TERESA. ¿Tú has sufrido esa agonía?

LÚCAS. Sí.

TERESA. Por no quererme oir.

LÚCAS. ¿Cómo?...

TERESA. Para no pedir
se inventó la economía.
Mas no pienses que en su accion
Javier un mérito vea;
él solamente desea
la paz de tu corazon.
Y empeñado en tal conquista
arrostrando tus enojos,
como ve ciegos tus ojos
les quiere volver la vista.

LÚCAS. Pero si al buscar mi bien
no me mostrais un consuelo.

TERESA. ¿Cómo han de admirar al cielo
los ojos que no le ven?

LÚCAS. Teresa, tu empeño es tal,
que por verlo conseguido,
la costumbre has adquirido
de complacerte en mi mal.

TERESA. ¿Eso dices?

LÚCAS. Sí, mujer;
y es del caso lo peor,
que á mí me causas dolor
y tú lo haces sin querer.
No es extraño que así sea;
bien comprendo tu alegría;
pues cada desgracia mia
es un paso hácia tu aldea.

TERESA. Pongo por testigo á Dios

de que solo en tí pensé,
mas si te estorbo me iré
¡y tan contentos los dos!

LÚCAS. ¿Lo dices con esa calma?

TERESA. ¿Qué he de hacer si te importuno?

LÚCAS. ¿Has visto en el mundo alguno
que pueda vivir sin alma?

TERESA. Eso no te causaria
la muerte.

LÚCAS. Deja que arguya.

TERESA. Si yo me llevo la tuya,
tú no soltarás la mia.

LÚCAS. Es cierto.

TERESA. Pero al juntarlas,
de tal modo las ligamos
y tanto las apretamos
que no es fácil desatarlas.

LÚCAS. Soy de la misma opinion.
Ana las echó un buen lazo.

TERESA. Eso merece un abrazo.

LÚCAS. ¡Ah!

TERESA. ¡Respira, corazon!
Ahora decírtelo puedo:
cuando de dejarte hablaba,
este pobrecito estaba
muriéndoseme de miedo.

LÚCAS. Pues ya que así te conquisto,
déjate de aldea.

TERESA. Yo...
Cómo ha de ser, más pasó
por nosotros Jesucristo.

LÚCAS. ¿Te acomoda?

TERESA. Me acomoda;
al pueblo renunciaré;
pero á condicion de que
no se ha de hacer esa boda.

LÚCAS. ¿Cómo?

TERESA. Fuerza es que te cuadre
lo que Ana pide llorosa;
ve que ha cedido la esposa
para que venza la madre.
Ella en negarse porfía;

piensa tú, pues eres bueno,
que si llorando en mi seno
maldigese su agonía,
sus lágrimas, al caer,
correrian á quemar
la tierra que ha de encerrar
las cenizas de tu sér.

LÚCAS. Yo en su bienestar me fijo,
que es el nuestro.

TERESA. ¡Gran merced!
¡muriera yo de hambre y sed
por no ver llorar á un hijo!

LÚCAS. No concibo ese dolor
que tú en mi hija quieres ver.

TERESA. ¿Cuando querrás comprender
que ha dado á un hombre su amor?

LÚCAS. ¿Cómo? ¿eso es cierto?

TERESA. Sí tal.

LÚCAS. ¿Y lo ha ocultado?

TERESA. En mi pecho:
este es el santo derecho
del cariño maternal. (Arranque.)

LÚCAS. Su reserva me da enojos.

TERESA. ¿A quién se ha de confiar
mejor? Tú la haces llorar,
y yo la enjugo lós ojos.

LÚCAS. Pero...

TERESA. Llevais al exceso
vuestra autoridad de padres;
sois severos, y las madres
castigamos con un beso.
A tí la ambicion te guia,
y por alcanzar sus dones,
de tu propia hija dispones
como de una mercancía.
Y ella que ve la manera
con que la tratas, consulta
su juicio, y hasta te oculta
la pasion que más venera.
Si no buscases su mal,
lo que á mí sola confía,
entre los dos partiria;

Lúcas, esto es natural.
LÚCAS. Pues creo que el no fingir,
hubiera sido mejor.
TERESA. Como no hay sordo peor
que aquel que no quiere oir,
todo hubiera sido igual.
LÚCAS. ¿Tú qué sabes?
TERESA. Hijo mio,
cada cual tiene su pio;
el tuyo es un general;
por él tu pecho se afana,
nadie te ha de convencer,
que al fin y al cabo has de hacer
lo que te diere la gana;
pero yo que harto de guerra
estoy con razon no escasa,
lo que es si Anita se casa
con él, me marcho á mi tierra.
LÚCAS. ¡Teresa!...
TERESA. Estoy decidida.
LUCAS. ¿Y Ana?...
TERESA. Dispon de su estrella,
pero no olvides, que ella
no te ha pedido la vida.
(Váse puerta derecha.)

ESCENA IV.

LÚCAS.

¿Quién será ese badulaque?
Algun tonto, algun chiquillo,
ó quién sabe si algun pillo
de esos que deben el *fraque*.
¿Y si de veras la adora
y me la llega á pescar?
Debian de fusilar
á todo el que se enamora.

ESCENA V.

LÚCAS, BENITO.

BENITO. Bien dicho.
LÚCAS. Otro contagiado.
BENITO. Mas lo que al entrar le oí,
debia regir aquí
donde á mí me la han pegado.
LÚCAS. ¿Aún el escozor te aprieta?
BENITO. Menuda paliza fué.
LÚCAS. Mohino estás.
BENITO. Como que
mañana tomo soleta.
LÚCAS. ¿A dónde?
BENITO. Al pueblo.
LÚCAS. ¿Te vas?
BENITO. Si usted no manda otra cosa.
LÚCAS. (¿Qué tal mi señora esposa?)
¿Y así me abandonarás?
BENITO. Venga usted tambien.
LÚCAS. Bobada.
BENITO. Véngase y créame á mí;
mire usted, señor, que aquí
se traga mucha tostada.
Yo estoy satisfecho ya,
repleto con la de ayer.
LÚCAS. Cuando la vuelvas á ver,
adios propósito.
BENITO. Cá,
no señor, ya estoy curado.
LÚCAS. ¿Y te alegras
BENITO. Pues no es cosa!
¿Qué haria en siendo mi esposa
si de novia me ha pegado?
Ella tras de sus empresas,
y yo queriéndola uncir,
fuera cosa de vivir
todo el año en las Salesas.
Llévesela Barrabás,

que yo no daré tal paso;
no quiero ser, si me caso,
tras de aquello... lo demás.
Quien con moza tan gentil
su civil registro intente,
ha de ser, por lo valiente,
lo ménos guardia civil;
que ella quiere por la pinta,
y segun ha demostrado,
esposo al arma pegado,
y yo estoy fuera de quinta.
Si alguien su hermosura acata,
no envidio los esponsales,
porque me sobran señales
para conocer que es gata.
Con que, muera mi pasion,
que aunque me gusta el pimpollo,
me voy, sin comerme el bollo,
huyendo del coscorron.

LÚCAS. ¿Y abandonas la palestra
por tan poca cosa?

BENITO. Sí.

LÚCAS. ¡Otra encontrarás!

BENITO. No aquí.
Basta un boton para muestra.

LÚCAS. Vamos, estás con la fiebre
de los celos.

BENITO. ¡Qué manía!
¿Usté á comer entraria
donde dan gato por liebre?

LÚCAS. No es tu pregunta acertada.
Porque te engañó el ardiz
de una mujer, ¿ya en Madrid
no ha de haber mujer honrada?

BENITO. Es que no he dicho...

LÚCAS. Y constante.

BENITO. Sí señor, que la hallaria;
pero es que yo la queria
guapa, honrada y elegante.

LÚCAS. ¡Ya!

BENITO. Que tuviese talento,
dinero y buenas aldabas.

LÚCAS. Comprendido; tú buscabas
lo que se llama un portento.
BENITO. Yo quise ser empleado.
LÚCAS. ¿Tú?
BENITO. Yo, sí; no es cosa extraña;
todos los brutos de España
lo mismo que yo han pensado.
Yo nací para cavar;
quise subir, y discurro
que de hombre he bajado á burro;
pues á ser hombre al lugar.
LÚCAS. Veo que estás decidido;
mas no te alabo la idea.
BENITO. Ya es hora de que mi aldea
recobre un hijo perdido.
LÚCAS. Yo no puedo, es cosa llana,
discurrir de esa manera.
BENITO. Usted hará lo que quiera;
lo que es yo, me voy mañana.
En aquel pueblo escondido,
donde de salud se goza,
debe estar la buena moza
que el cielo me habrá elegido.
Ya me la pinta el amor,
para quitarme la pena,
fresca, rolliza y morena
como el pan de buen sabor.
Ya la veo haciendo añicos
los terrones con la azada
ó en la mesa rodeada
de una docena de chicos.
Más ligera que un lebrel,
por un trabajo otro deja
y está en casa, como abeja;
siempre labrando la miel.
De que así sea respondo
la mujer que yo de he amar;
un ángel de mi lugar,
con aparejo redondo.
LÚCAS. Bueno.
BENITO. Aquel es mi horizonte,
y allí he de ganar el pan.

LÚCAS. Vamos, bien dice el refran,
que la cabra tira al monte.
BENITO. ¿Y usted de dónde ha salido?
LÚCAS. Benito... (Caí en la red.)
BENITO. Y á pesar de eso, era usted
un labrador entendido.
LÚCAS. Pero si no puede ser;
si Ana no está acostumbrada
al campo.
BENITO. Cosa arreglada;
cásela con don Javier.
LÚCAS. ¿Cómo?
BENITO. Puesto que la quiere...
LÚCAS. ¿Pero eso es cierto? responde.
BENITO. ¡Vaya!
LÚCAS. ¿Y ella corresponde?
BENITO. ¡Toma! si por él se muere.
LUCAS. Y un padre... por Belcebú...
sin saber... ¿Cómo has pensado?...
BENITO. Yo, porque los he pillado...
LÚCAS. ¿Dónde?...
BENITO. Hablándose de tú.
Es el mejor matrimonio
que usted podia esperar;
con que ya no hay que pensar
en nada.
LÚCAS. ¡Vete al demonio!

ESCENA VI.

TERESA, ANA, LÚCAS y BENITO.

BENITO. (Durillo está de pelar.)
TERESA. ¿Otra vez tenemos gresca?
ANA. ¡Padre!
LUCAS. Ven aquí, hija mia,
que tú sola me consuelas.
ANA. ¿Pues qué sucede?
LÚCAS. Que todos
en sepultarme se empeñan;

pero yo, firme que firme.

BENITO. (¿Oye usted?) (A Teresa.)

LÚCAS. Soy una piedra.

TERESA. Bien; ¿qué me quieres decir
con esos ojos de hiena?

LÚCAS. Que no cedo; ¿lo has oido?
Que no cedo!

TERESA. Enhorabuena.

LÚCAS. Lo dices como quien duda.

TERESA. Lo digo como quien piensa
que nadie puede decir
de este agua...

LÚCAS. Refranes deja.

TERESA. Siempre verdades han sido.

LUCAS. Pues yo haré que no lo sean.
(Me parece que me enfado,
¡ay, si enfadarme pudiera!)
Te advierto que si pretendes
seguir haciéndome guerra,
usaré de mis derechos

TERESA. ¡Hombre, estas hecho una fiera!

LÚCAS. Una fiera ¿eh? (¡qué alegría!)
¿Lo has conocido? pues tiembla.

TERESA. ¡Jesús!

ANA. ¡Padre!...

TERESA. (Déjale.)

BENITO. ¡Señor!

LÚCAS. Basta de quimera;
no más refranes, lo entiendes;
haré lo que me parezca
de hoy en adelante; y tú
aquí, á mi lado sujeta;
sujeta, esta es la palabra,
no me importa que te ofendas,
que chilles, ni que te enfades.

TERESA. ¡Pero si estoy muy contenta!

LÚCAS. (¿Qué tal?) Cuidado conmigo.

BENITO. (¡Zape!)

LÚCAS. Ya no soy la oveja
tímida; soy...

BENITO. (¿Qué será?)

LÚCAS. Soy...

BENITO. (Otro bicho cualquiera.)
ANA. ¿Por qué nos asusta usted?
BENITO. Buena chanza.
LÚCAS. ¿Chanza? espera
y verás. (Teresa y Ana detienen á Lúcas.)
TERESA. Vete, Benito.
LÚCAS. ¡Si te cojo!...
BENITO. ¡Santa Tecla! (Váse corriendo.)

ESCENA VII.

TERESA, ANA, LÚCAS.

ANA. (Madre, en qué mala ocasion
venimos á...)
TERESA. (No lo creas.)
LÚCAS. Ya estoy harto de que todos
me humillen, y se diviertan
conmigo: hasta los criados
sin respeto me aconsejan.
TERESA. Comprende que es por cariño.
ANA. Cierto.
LÚCAS. Pues aunque lo sea,
de hoy en más no admitiré
afectos que me avergüenzan.
TERESA. (¡Hola!)
LUCAS. Soy el amo, y quiero
que como á tal me obedezcan.
TERESA. Es justo.
LÚCAS. A ver si á las malas
consigo, lo que á las buenas
no he podido conseguir.
ANA. (¡Ay, madre!)
TERESA. (¿Con que á la fuerza
apelamos? pues ya es mio.)
LÚCAS. (La estremezco y me da pena;
pero esto pide reformas
y las haré... si me dejan.)
¿Qué dices?
TERESA. ¿Qué he de decir?

que yo seré la primera
en obedecer.

LÚCAS. Corriente.
¿Y no te irás?

TERESA. Si lo ordenas,
me quedaré.

LÚCAS. ¿Y has de hacer
sin replicar..?

TERESA Lo que quieras.

LÚCAS. Y... (Pausa.)

TERESA ¿Qué más?

LÚCAS. Nada. (¿Habrá quien
á las mujeres entienda?
Cuando yo necesitaba
un poco de resistencia,
humilde como un cordero
todo cuanto digo aprueba.)

TERESA. (Háblale) (A Ana.)

LÚCAS. (Yo haré que salte.)

ANA. Padre...

LÚCAS. Y tú, que así á la buena
de Dios, contra los deseos
de un buen padre te rebelas,
no seas más inocente.

ANA. ¿Qué quiere decir?

LÚCAS. No creas
que deje de comprender
la causa de la entereza,
con que rechazas la mano
del que ser tu esposo espera.

ANA. ¿Cómo?

LÚCAS. Los malos consejos
de tu madre...

TERESA. (Se me quema
la sangre.)

ANA. ¿Qué dice usted?..

LÚCAS. A tal exceso te llevan.

ANA. No.

TERESA. No... (Con fuerza.) (Transicion.)
No trates de hacer,
hija mia, mi defensa;
tu padre tiene razon.

(¡Corazon, calla y pelea!)
LÚCAS. (Y ahora que estoy enfadado,
¿con quién riño? ¡Buena es esta!)
ANA. Padre, con justo motivo
usté enojado se encuentra;
pero si la suerte avara
hoy sus favores le niega,
¿hemos de pagar por eso
nosotras culpas agenas?
Usté es generoso, es bueno;
no hay otro padre en la tierra
más amante y más honrado,
ni otra madre mejor que esta.
(La da un beso.)
LÚCAS. (Que vengan á responder
Merlin y su parentela.)
ANA. Usted está equivocado:
mi madre no me aconseja
mal; mi madre nos quiere
mucho, y por eso desea
que usted escuche su voz
y terminen nuestras penas.
LÚCAS. ¿Tú lo crees así?
ANA. Lo creo, y tengo una prueba
que me lo diria, si este (El corazon.)
á voces no lo dijera.
LÚCAS. ¿Una prueba?...
ANA. Mientras yo,
con locura manifiesta,
abusando de su amor
paternal, en pasajeras
diversiones le hice á usted
gastar el dinero...
LÚCAS. Espera;
no fuiste tú: fuí yo solo
el autor de esas quimeras,
y no consiento...
ANA. Es que usted
mis caprichos no recuerda.
LÚCAS. Vamos, no paso por ello.
TERESA. ¡Con qué desahogo confiesa!...
ANA. Bueno; es igual.

LÚCAS. No es igual;
y quiero... ¿verdad, Teresa,
que yo?... (¿Pero qué demonio
me digo? Soy un babieca!)
TERESA. (Los hombres honrados, tienen
en los lábios la conciencia.)
ANA. En fin, mientras que nosotros
íbamos en pos de fiestas,
derrochando una fortuna
que tanto dolor nos cuesta,
mi pobre madre, llevando
el grano de trigo á cuestas,
iba llenando el granero
que produjo esta riqueza.
(Le entrega la escritura.)
LÚCAS. ¡Cómo! ¿Qué es esto? (La abre y la lee.)
ANA. Constante
en su afanosa tarea,
fué juntando economías,
y Javier se encargó de ellas.
LÚCAS. ¿Javier?...
ANA. Sí; don Javier hizo
con su talento, que puestas
en juego, al amparo suyo,
honradamente crecieran.
LÚCAS. (¡Cuánto le debo!)
TERESA. Y ahora,
¿sabes mi pobre quién era?
LÚCAS. Con lágrimas de consuelo
lo veo.
TERESA. ¡Benditas sean!
Ya te dije que te haria
llorar en cuanto le vieras.
LÚCAS. ¡Ah, mentira me parece!
¿La casa que en nuestra aldea
habitábamos?...
ANA. Sí, padre.
TERESA. ¿Te acuerdas, Lúcas? Aquella
donde la hija de tu alma
contempló la luz primera.
LÚCAS. ¡Santo recuerdo!
TERESA. El hogar

donde aún los ecos resuenan
de la voz de un corazon,
que el viento amigo le lleva.

LÚCAS. Y los campos que me vieron,
firme empuñando la esteva,
abrir su seno, y verter
el fruto que le alimenta.

AÑA. Y el viñedo, cuyos pámpanos
sombra en el otoño prestan
al reluciente racimo.

LÚCAS. ¡Todo es nuestro!

TERESA Y nos espera.

LÚCAS. ¿Cómo? (Transicion.) Es la dote de mi hija.

TERESA La dote que tú perdieras,
y que ahora debes cuidar
pues por fortuna la encuentras.

AÑA. Padre, yo no necesito
nada; mi mano le entrega
esa dote; usted hará
aquello que más convenga.

LÚCAS. ¡Siempre generosa!

AÑA. Digna
de aquellos que el sér me dieran.

LÚCAS. (Acabemos de una vez.)

TERESA ¡Lúcas!...

AÑA. (¡Dios le inspire!)

TERESA. Piensa
en tu hija

LÚCAS. ¿No conoces
que vivo pensando en ella?

TERESA. Entonces...

LÚCAS. Daré á su esposo
la dote que tú le entregas.

TERESA. Pero...

LÚCAS. La calma me vuelves.
¡Bendita mil veces seas!

(Abraza á su hija, y se entra por la derecha.)

ESCENA VIII.

TERESA, ANA; luego JAVIER Y BENITO.

TERESA No comprendo su intencion.
ANA. ¡Todo inútil!
TERESA. Dios dirá.
ANA. ¿Qué más quiere usted saber?
Nos ha dicho que va á dar
la dote á mi esposo.
TERESA. Sí;
ahora triunfante, querrá
echársela de marqués.
¡Oh, maldita vanidad!
Y yo, tonta, que he creido
su corazon despertar
y vencerle ante el ejemplo
de tu generosidad.
ANA. ¿Y ahora qué he de hacer?
TERESA. Negarte.
ANA. ¿Quién le resiste?
BENITO. (Entrando á Javier.) Aquí está.
ANA. Javier.
TERESA. A buen tiempo llega.
JAVIER. ¿Qué sucede?
TERESA. Sin tardar
pida usté á Lúcas la mano
de mi hija.
JAVIER. Se negará...
TERESA. Pues ya no queda otro medio
de rendir su terquedad.
ANA. No hay otro, Javier.
JAVIER. Entonces,
¿qué podemos esperar?
TERESA. ¿Quién sabe? despues de todo,
yo no sé qué pensará;
él estaba conmovido.
ANA. Pero ha dicho... (Habla aparte con Javier.)
TERESA. Ven acá,
Benito.

BENITO. ¿Qué manda usted?
TERESA. Con cualquier pretexto, vas
á ver lo que hace tu amo
en su cuarto.
BENITO. Voy allá. (Entra, derecha.)
TERESA. La impaciencia me consume.
JAVIER. Señora, no hay que pensar
en que ceda, si ya cuenta
con la obediencia filial.
TERESA. Usted sabe...
JAVIER. Todo, Ana
me lo acaba de contar.

(Sale Benito.)

TERESA. ¿Qué hay?
BENITO. Que se cerró por dentro.
JAVIER. Justo; se prepara ya,
para hacer una visita
á su excelencia.
ANA. Fatal,
madre mia, nos ha sido
nuestra buena voluntad.
TERESA. Hija, nunca digas eso;
que el bien no produce mal.
ANA. Pues ahora...
TERESA. ¡Qué sabemos
lo que Dios pensando está!
JAVIER. Es tarde para el remedio,
y avanza el golpe mortal.
TERESA. ¿Tarde? en un solo minuto
rompe el sol la tempestad.
BENITO. Oigo los pasos del amo.
ANA. ¡Madre!
TERESA. De aquí no saldrá
para hacerte desdichada,
porque antes me ha de matar.
JAVIER. ¡Señora!
TERESA. ¿Quién de esta madre
las iras aplacará,
si Dios, mirándolas justas,
mis fuerzas viene á aumentar?
¿Quién me ha de vencer?

LÚCAS. (Se presenta abriendo de pronto la primera puerta derecha, vestido con chaqueta, faja y sombrero redondo, á estilo de labrador bien acomodado.)

Un padre
que está arrepentido.

TODOS. ¡Ah!

(Teresa y Ana arrojándose en sus brazos. Benito y Javier con alegre sorpresa. Grupo.)

ESCENA ULTIMA.

TERESA, ANA, LÚCAS, BENITO y JAVIER

JAVIER. Gracias, Señor.
BENITO. ¡Qué alegría!
TERESA. ¡Lúcas!
LÚCAS. ¿Me perdonas, dí?
TERESA. ¡Eso dices!
LÚCAS. ¡Vuelve á mí,
pedazo del alma mia!
ANA. ¿Conque cesó nuestro mal?
LÚCAS. ¡Para siempre!
ANA. ¡Dios eterno!
LÚCAS. Que se vayan al infierno,
mi empleo y el general.
TERESA. ¡Yo voy á perder el juicio!
LUCAS. Tiene razon don Javier;
el que honrado quiere ser,
lo será en cualquier oficio.
Conque al pueblo; á cultivar
mis campos ¿qué vale un nombre
si no se ha ganado? El hombre
nace para trabajar!
JAVIER. Eso es hablar en razon
y casi con elocuencia.
TERESA. Cuando dicta la conciencia,
es un sábio el corazon.
LÚCAS. ¿Hija, lloras?
ANA. ¿Qué he de hacer

si usted mi felicidad
ha labrado?

LÚCAS. No es verdad.

TERESA. ¿Cómo?

LÚCAS. Señor don Javier,
¿quiere usté hacerme el honor
de unir en lazo cristiano,
su mano á la honrada mano
de la hija de un labrador?

TERESA. ¡Oh!

JAVIER. ¡Con el alma!

ANA. ¡Bendito! (A su padre.)

TERESA. ¿Pero, cómo? ¿tú sabias?..

BENITO. Esas son hazañas mias;
yo dije...

JAVIER. Gracias, Benito.

TERESA. Todos te bendicen hoy,
rindiendo al alma tributo.

BENITO. Pues; y yo que soy un bruto,
lloro como lo que soy.

LÚCAS. Pero no hay dicha cumplida.

JAVIER. ¿Por qué?

TERESA. ¿Qué quieres decir?

LÚCAS. ¿Cómo podré yo vivir
lejos de mi hija querida?

JAVIER. Si es eso lo que traspasa
su pecho, qué esté tranquilo.
¿Me negará usté un asilo
en un rincon de su casa?

ANA. ¡Todos juntos!

TERESA. Todos buenos;
hijo, allí feliz serás.

JAVIER. Allí... trabajaré más
aunque me produzca ménos.

LÚCAS. Pues basta ya de prolijos
afanes; á trabajar,
Teresa.

TERESA. Pues; á aumentar
la hacienda de nuestros hijos.

LÚCAS. ¡Oh! ya verás; desde ahora
no me volverás á ver
parado; ya vuelvo á ser

compañero de la aurora.
Ella me verá marchar
al campo con el arado,
y por Octubre afanado
el viñedo vendimiar.
Será mi alfombra mejor
el oloroso tomillo
y me traerá el pajarillo
noticias de vuestro amor.
La hacienda por mí labrada
dará fruto regalado
y en él veré entusiasmado
mi gloria más celebrada.
Pues cuando algun pan me sobre
y á un desdichado lo dé,
¿qué mayor premio, diré,
que la gratitud de un pobre?
Este es el mayor consuelo
para un alma arrepentida;
que perdiendo así la vida
se puede ganar el cielo!

ANA. ¡Padre!...
BENITO. Pues me ha hecho llorar.
JAVIER. ¡Señor!..
TERESA. Lúcas, Dios te escucha,
y quiere un año de lucha
en un instante premiar.
LÚCAS. Del ejemplo que me has dado
seré fiel imitador.
TERESA. ¡Ah! (Con alegria.)
LÚCAS. Tu virtud y tu amor
á todos nos han salvado.
TERESA. No olvides, pues te bendigo
de mi dicha en galardon,
que debes tu salvacion
¡al pobre grano de trigo!

FIN DE LA COMEDIA.

DOS PALABRAS.

El autor de EL GRANO DE TRIGO no cumpliria con un deber sagrado si no hiciese patente su agradecimiento á los artistas, señorita Bagá, Antonio Vico, Manuel Calvo y Julian Romea, por el interés y acierto con que han desempeñado sus respectivos papeles.

Despues de esto, tiene que rendir un tributo de homenaje al excelente actor é inteligente empresario, D. Manuel Catalina, cuyo patente interés por el noble arte de la escena, le hace digno de la mayor gloria. A su iniciativa debe el autor de esta comedia su primer paso importante en el teatro, y es justo que así quede consignado.

EL AUTOR.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS, plaza de la Leña, 9, pral.; librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal; de *Durán*, Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, número 44.

EN PROVINCIAS.

En las casas de los señores comisionados del CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS, y en las principales librerías.